

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

R. 638

Los tres blasones del genio¹

Habéis oído decir que el genio, lo mismo el genio artístico y creador que el científico—Shakspeare o Spinoza, Platón o Goethe—es el espíritu soberano que sabe hallar a través de los hechos de la vida cotidiana, tan múltiples, tan varios y en apariencia tan contradictorios, aquello que los une y armoniza; que el genio sabe percibir bajo la realidad, siempre cambiante, la palpitación de lo perdurable y de lo eterno.

Nosotros, los simples mortales que formamos el coro de la tragicomedia, solemos ver bien los hechos y percibir con claridad aquellas ideas de corto vuelo que se alzan poco sobre las realidades de la vida, pero aquellas otras ideas amplias, preñadas de problemas, y al mismo tiempo fuentes de luz para quien sabe verlas, se nos van haciendo borrosas e imprecisas a medida que crecen, y cuando alcanzan su máxima amplitud, apenas si podemos percibirlas. Nos falta envergadura.

En una cámara oscura acercáis a la pared una linterna encendida y el círculo luminoso que se refleja en ella es pequeñito, pero intenso, recortado, bien preciso. Alejáis poco a poco la linterna de la pared y el círculo luminoso es cada vez mayor, pero también es cada vez más impreciso y vacilante. Así con las ideas.

La mirada del genio es también una linterna, pero una linterna prodigiosa cuyo círculo de luz al aumentar de diámetro no disminuye en intensidad luminosa. El genio ve a un hombre y sorprende en seguida sus rasgos personales, lo mismo los de la carne que los del espíritu. Es capaz de haceros de él un retrato maravilloso. Pero al mismo tiempo y con igual claridad ve lo que en el alma de aquel hombre han puesto el villorrio en que ha nacido, su patria, su raza... y por debajo de ello, lo que tiene de ser humano; porque algo hay en el alma de cada hombre que le hace solidario de los hombres, y su hermano, y de todos juntos la gran familia que va a través de los siglos sufriendo su calvario y conquistando sus triunfos y cayendo y levantándose y siempre adelante hacia un ideal cada vez más alto y más lejano...

¹ Fragmento del discurso pronunciado en la velada que, en honor de Cervantes, celebró el Ateneo de Valladolid, el día 18 de Abril próximo pasado.

Así Cervantes, que era un genio y de los más altos, nos da en don Quijote a un hidalgo manchego, y a un castellano, y a un hombre de la Europa meridional, y a un europeo y a un ser humano, y por eso un manchego le oye como quien oye a un convecino, y los castellanos le tenemos por nuestro, y el alma latina encuentra en él todos sus vicios y todas sus virtudes, y el europeo siente que algo del alma de don Quijote late a par de la suya, y el hombre, el ser humano de todos los tiempos y de todas las patrias, siente que en el alma del Caballero de la Triste Figura palpitan ideas y sentimientos que son eternos, porque corren con temblor perdurable por el espíritu de todos los humanos.

El genio necesita, además de este poder milagroso, una mirada vigilante, abierta siempre sobre el mundo. Además de «una sed de ilusiones infinita», como dijo Rubén, una infinita sed de realidades; porque sólo después de haber observado a muchos hombres se aprende a conocer al hombre, sólo después de haber vivido muchas vidas—con el alma y con el corazón—se puede percibir el armónico ritmo de la vida.

Cervantes tuvo la intuición soberana porque nació con ella y tuvo ante sus ojos un escenario inmenso, porque su existencia atormentada le puso en relación con todos los dolores y todas las miserias y todos los contrastes. Bien conocéis la vida de Cervantes. En estos días docenas de plumas se encargarán de recordárosla. Hijo de una familia de oscuros menestrales de vida premiosa, estudiante, criado de un fastuoso Cardenal, soldado, héroe, buen vividor en Italia, cautivo en Argel, solicitante en la Corte, alcaballero en las aldeas andaluzas, poeta entre los poetas... apenas hay en la vida de su época un aspecto que no haya conocido, ni una amargura que no haya gustado, ni un misterio que no haya sabido sorprender, y ya comprenderéis cómo sus anchos ojos mirarían sedientos y cómo sus manos inquietas sabrían exprimir todas estas frutas agraces, sazonadas o podridas que la suerte le iba poniendo al borde del camino, y ya comprenderéis también cómo su espíritu se iba llenando de aquel licor de vida y cómo se ensancharían sus ideas y cómo sus sentimientos se harían cada vez más humanos y más compasivos.

Apenas hay un latido del vivir nacional de su época que no esté registrado en el *Quijote*. El campesino y el cortesano, el burgués y el pícaro, el ventero y el noble, el ladrón y el juez, el estudiante y el vago, el labriego pacífico y el perdonavidas, todos los tipos que brujuleaban en la España del siglo XVI, pasan en luminosa procesión por el *Quijote*. Y tened por seguro, que a todos los conoció el autor, a todos los estudió en su vida cotidiana, oscura o ruinosa, honrada o canallesca.

Desde la cumbre del genio las luchas menudas de la vida se ven como un espectáculo. Estas vanidades punzantes como tábanos, estas ambicionzucas que nos encienden, estas envidias que nos amargan, estos convencionalismos que nos agarrotan y estos prejuicios que nos envenenan la vida, son desde las alturas aquilinas a que se remonta el genio, luchas de hormigas, curiosas, absurdas, risibles... Pero el genio

no es espectador pasivo del vivir, dejaría entonces de ser artista. Él sabe como nadie el dolor de los hombres—su receptividad para el dolor es inmensa—sabe sus desesperanzas, sus ensueños vanos, sus tragedias humildes y caseras, la melancolía de envejecer y ver cómo renacen en otros, en floración eternamente renovada, las ilusiones que fueron nuestras. En el corazón del genio ha resonado alguna vez la palabra implacable del Eclesiastés. Y una piedad infinita sobre todo lo que es vivo fluye de su espíritu como un río de luz.

Risa buena, burla sin hiel y al mismo tiempo tristeza compasiva y perdonadora, o como se ha dicho, la risa a través de las lágrimas: eso es el humorismo. El tercer blasón del genio. La fruta que madura en la rama más alta.

La Biblia del humorismo, ha sido llamado el *Quijote*. Y es que el ingenio humano no ha producido obra en que mejor se unan los dos caudales del humorismo: la tristeza y la risa. En el Caballero de la Triste figura—y este es su sentido desgarrador—fracasan las ideas más altas y los sentimientos más puros que han palpitado en el espíritu del hombre: ansia de justicia, amor al ideal, espíritu de perdón, culto a la belleza, fraternidad entre los hombres... Todo eso es, fijaos bien, lo que echan al alto los molinos y apalean los pcaros y apedrean los galeotes y burlan los duques y huellan los cerdos.

Pero estas ideas sublimes y estos sentimientos redentores—y aquí está el humorismo de la obra—encarnan en un pobre loco, estrafalario en la traza, ridículo en el vestir, desatinado en sus contactos con la vida, y así, cuando el heroe es atropellado y burlado y coceado, nos reímos, nos reímos a carcajadas, pero algo hay en nosotros que protesta y se duele, algo de poso amargo, algo caliente que nos lleva a amar al caído y que a veces se nos sube a los ojos y nos enturbia las letras y tenemos que dejar de leer. Es el arco-iris con que coronamos al genio: la risa a través de las lágrimas.

A. TORRE RUIZ

Motivos de Cervantes

TRÍPTICO CERVANTINO

I

A la augusta belleza erige altares;
 el donaire en sus obras centellea.
 En el *Viaje al Parnaso*, vitorea
 al talento y perdona sus lunares.

En insignes *Novelas Ejemplares*,
 el pastoril autor de *Galatea*,
 del mundo real que tanto le recrea,
 refiere las tristezas y pesares.

Puesto el pie en el estribo, el noble anciano
 al gran Conde de Lemos, con su mano,
 le dedica, cual dádiva fecunda,

los trabajos de hispana Segismunda.

Muere el genio; mas no su inmortal brote:

el ingenioso hidalgo Don Quijote.

II

Con un loco de atar que en el bien sueña
 y un labriego simplón y divertido,
 pone al humano corazón oído,
 Cervantes, que el espíritu domeña,

Que cuanto Don Quijote nos enseña
 es todo lo que el hombre ha comprendido,
 cuando deja de Panza el buen sentido
 y del dolor, filósofo, se adueña.

Profunda poesía se desgrana
 del engendro del Manco de Lepanto
 que supo analizar la triste vida.

Es Biblia de la lengua castellana
 este libro inmortal que dice tanto
 y a reír y llorar tanto convida.

III

Sancho amigo: devotos, reverentes
 innúmeros hermanos te acompañan:
 son romeros del mundo que regañan
 por mezclar tu doctrina entre las gentes.

Son ignaros felices; indigentes
 de quimeras que punzan y que dañan,
 llenan el vientre y en placer se bañan
 sensuales, campechanos y creyentes.

No es su burla de ideales caballeros:
 picarescos, su gracia es cruel behetría
 que mezclan con su enorme carcajada.

La malicia es su adarga de escuderos,
 el refrán su vulgar filosofía
 y el sentido común su ciencia amada.

LOS PREJUICIOS

En noches de ceguera y cobardía,
 los temibles prejuicios, como mazos,
 en la tela social dan palmetazos
 y rompen la honradez de más valfa.

Atado Rocinante, nuestra hombría
 de bien no acierta a desligar los lazos
 del *qué dirán*, y deja hagan pedazos
 al mérito, la duda y la falsía.

Aun el Quijote que en las almas vela
 amortigua su ingénita pujanza
 ante falsos fantasmas y titanes.

Mas cuando el sol de la justicia vela,
 se burla hasta el inane Sancho Panza
 de aquel miedo cerval de los batanes.

MÁS LOCURAS

Cual soñador Quijote, girar miro
 los molinos de viento de la idea,
 que toman una talla gigantea
 si con mente febril yo les admiro.

A combatir con ellos loco aspiro...
 Ridícula resulta mi pelea:
 con sus aspas lo real me vapulea,
 y, ya en tierra, conozco que deliro.

Con todo, caballero ilusionado,
 con mis sueños camino todavía,
 en pos de privaciones y aventuras.

No cobarde ni mal intencionado,
 doy rienda a mi incansable fantasía,
 y, alegre, voy ansiando más locuras.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Quito, Ecuador.—1916.

Homenaje al tercer centenario de la muerte del Príncipe de la lengua castellana.

La crítica del "Quijote,, hecha por Cervantes

Ningún nuevo Mediterráneo se ha de descubrir en estos renglones. Ellos son sencillamente una recopilación de lo que acerca del *Quijote*, dijo en el *Quijote* su autor excelso: si tuvieran algún mérito, a Miguel de Cervantes le corresponde el aplauso, nunca al que se limita a entresacarlos de su inmortal novela.

Salieron en busca de Don Alonso Quijano, el Cura y el Barbero, con la santa intención de tornarle a su domicilio «para ver si por algún medio hallaban remedio a su locura». Extraña fué la manera como lograron encerrarle en una jaula. Conseguido su propósito, regresaban todos, no muy tranquilos y algo impacientes, al lugar de donde saliera el loco cuerdo. Tenían prisa por llegar cuanto antes, y no querían defenese para nada en el camino. Cruzáronse en éste con un canónigo de Toledo, que en dirección contraria marchaba. Era el tal sacerdote hombre de mucha lectura y gran conocedor de las novelas caballerescas. Cambiados los saludos de rigor, el diálogo se entabló sin tardanza entre los caminantes. El canónigo, enterado de quién era la persona enjaulada y de los motivos por qué se la conducía de suerte tan original, apercibe a sus nuevos amigos de que no le maravillaba la locura del Hidalgo. De los libros caballerescos tenía él leídos buen número, «llevado de un ocioso y falso gusto». «Casi el principio de todos los más que hay impresos» conocía. Juzgábalos «todos ellos una misma cosa», y los clasificaba entre el género de fábulas «que llaman milesias», fábulas que no son otra cosa más que «cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar». No obstante, dudaba de que pudieran producir deleite alguno, «yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates».

Ya conocemos así el juicio que merecían a Cervantes las novelas caballerescas, de que es el *Quijote* una más, aunque satírica. Pero Cervantes no se reduce a exponer su opinión secamente: la razona. No vale argüir—añade por boca del mismo canónigo—que todo lo novelesco es mentiroso, «porque la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitándose los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe».

Con razonamientos más eruditos podrá evidenciarse que el novelista sabe atender en primer término a la realidad; pero difícil será hacerlo con tanta galanura de frase. Además, las novelas caballerescas no pecan sólo de irreales y absurdas; es que «ningún libro de caballerías forma un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio»; es que todos «son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y ajenos de todo discreto artificio, dignos por esto de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil».

Lo opuesto sería la novela de Don Quijote, y lo opuesto fué; y así, siendo el *Quijote* un libro de caballerías, no tuvo de tal más que el fondo, la idea, mejor, la esencia por la que fueron las novelas caballerescas tales novelas caballerescas, y no otro género cualquiera de entretenimiento. Reconócelo y aún lo declara, poco más o menos, así, Miguel de Cervantes, puesto que asegura que en los libros de caballerías «hay una cosa buena: el sujeto que ofrecen para que *un buen entendimiento* pueda mostrarse en ellos; porque dan largo y espacioso campo por donde, sin empacho alguno, pueda correr la pluma, describiendo naufragios, tormentos, reencuentros y batallas; pintando un capitán valeroso con todas las partes que para tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desafortado bárbaro fanfarrón; acá, un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez tendrá ocasión de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de Julio César, la elocuencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón, y, finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto a un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos».

¡Un buen entendimiento! ¿Cuál mejor que el del propio Cervantes? ¡Para que la pluma corra sin embarazos y estorbos por el dilatadísimo campo de la ficción y de la quimera! ¡Como, sin salirse de la «verosimilitud y de la imitación», elevadas a canon estético insustituible por el gran Miguel, corrió su mágica pluma relatando las nunca imaginadas proezas de su peregrino héroe manchego! ¿No se ve en este admirable

párrafo todo el amor que Cervantes sentía por la novela caballeresca, tan a fondo de él conocida que de memoria sabía los episodios, los lances, las aventuras más originales por sus autores pintados en ella?

¿Qué necesitaban ya los libros de caballerías para que su lectura resultase entretenida, amena y hasta recomendable? Que todo lo que queda sentado se hiciese «con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad». Justamente lo que el «manco sano» hizo en el *Quijote*, a quien le fué dable llegar a componer, como el canónigo dice, «una tela de varios y hermosos lisos tejida, que, después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en tales escritos, que es enseñar y deleitar juntamente»: *pariterque monendo et delectando*, que escribió el maestro Horacio en su «Epístola». Y esto sin abandonar un instante el asunto característico del género caballeresco: que «la escritura desatada de estos libros, da lugar a que el autor pueda mostrarse —conforme nadie ignora que se mostró el portentoso alcaíno— épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica también puede escribirse en prosa, como en verso».

No imaginemos, exagerando más de lo debido las cosas, que Cervantes, aunque se hizo justamente célebre con la publicación del *Quijote*, pensaba en sí cuando el citado eclesiástico le hace decir que quien redactase una obra novelesca con sujeción a los preceptos transcritos, llegaría a hacerse «famoso en prosa», como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina» (Homero y Virgilio); pero sí creamos que a él y a su *Ingenioso Hidalgo* aluden las siguientes palabras que el mismo personaje pronuncia: *Yo, a lo menos, he tenido tentación de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado*.

La intención y el propósito de Cervantes al escribir el *Quijote*, nos son, por consiguiente, conocidos por sus propias palabras, sin que sea menester retorcerlas ni sacarlas de quicio para penetrar su alcance y sentido, que no pueden estar más claros. ¿Por qué, pues, no se determinó a componer una novela «francamente» caballeresca? No hay que acudir a hipótesis alguna para saberlo. Lo declara él mismo de esta suerte: porque no quiso sujetarse al «confuso juicio del desvanecido vulgo, a quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros». Es decir, porque se resistía a dar al vulgo lo que el vulgo pedía: disparates, necedades y cosas que no llevan pies ni cabeza; porque, de haberlo compuesto, lo hubiera redactado con arreglo a los cánones indicados, y estaba seguro de que entonces no hubiera habido lectores para su trabajo, y quedaría en conclusión «como el sastre del Cantillo», que cosía de balde y regalaba el hilo. Sin embargo, doliéndole la desaparición del género, no por males de él, sino por culpa de los que le cultivaron disparatadamente, ocasionando tantos y tan lamentables estragos en el vulgo, apunta Cervantes, por boca del Cura, un remedio que acaso

evitase su extinción y sirviese de freno a los autores sin meollo: la previa censura, cual para las obras teatrales estaba establecida en su tiempo. Véanse sus palabras: «que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta... que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen,... sin cuya aprobación, sello y firma,... pudieran ser impresos... Sin duda así podrían salir algunos con perfección,... *enriqueciendo nuestra lengua* del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se oscureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, *para honesto pasatiempo*, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación».

La idea era excelente y desde luego práctica y fácilmente realizable, ya que la censura funcionaba para las composiciones escénicas. Por lo mismo no se llevaría a hecho. A bien que tampoco hizo falta, después de la aparición del *Quijote*, aunque no por ello dejó el vulgo de seguir recreándose con la lectura de las necesidades impresas en las novelas caballerescas ya publicadas, y divirtiéndose con la de la «fábula donde un mozo de dieciséis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique»; con la pintura de una batalla en la «que hay en la parte de los enemigos, un millón de combatientes»; con la descripción de «una reina o emperatriz heredera que se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero»; o con el absurdo de «una gran torre, llena de caballos, que va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, o en otras que ni las describió Ptolomeo, ni las vió Marco Polo».

Resolvióse, por tanto, Cervantes a redactar una novela de fondo caballeresco, alegre y regocijada, que pusiese en evidencia no el género literario a que su escrito pertenecía, sino los disparates, las necesidades y las mentiras que la mayor parte de los autores que lo cultivaron habían consignado en sus respectivas composiciones, y de paso el enrevesado e ininteligible lenguaje y estilo de que se valieron para la expresión de sus ideas. De tal modo, a la vez que ponía de relieve *lo falsos y embusteros* que fueron todos los autores de libros de caballerías, acreditaba lo extraños que eran *al trato que pide la común naturaleza*, y demostraba el mal que ocasionaron al contribuir a que *el vulgo ignorante viniese a creer y tener por verdaderas* las simplezas y utopías que en ellos habían escrito.

El *Quijote*, en su Parte I, se dió al público con el expresado intento, el año 1605, cual todos sabemos. Años más tarde apareció la Parte II, más interesante, más bella de fondo y forma, si cabe, que aquélla. En ésta ya no será lo que su autor nos ofrezca una crítica de sus propósitos al redactar la Parte I, y de la novela de caballerías; ha de ser una crítica del *Quijote* mismo, claro es que la parte que había sido impresa y publicada en Madrid, en casa de Juan de la Cuesta, si es que no hubo

una edición aparecida dos o tres años antes en Valladolid, que esto no es asunto a tratar en los presentes renglones. Tampoco ha de ser ya un canónigo quien haga esa crítica por boca de Cervantes: será el propio Don Quijote quien la haga, o el bachiller Carrasco en defecto suyo.

El conducto por donde llegaron a oídos del «sublime manco» los reparos que los doctos y el vulgo pusieron a la Parte I del *Quijote*, no es conocido, ni su conocimiento importa gran cosa. Lo cierto es que llegaron, si es que con la intuición del genio no se anticipó a aquéllos y a éste, y que los recogió aprovechando el primer momento que juzgó oportuno. Rfe, primero, en una conversación mantenida por El Caballero de la Triste Figura con su escudero. «En lo que toca—dice el segundo al primero—a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesamerced, hay diferentes opiniones. Unos dicen loco, pero agradecido; otros valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuesamerced ni a mí nos dejan hueso sano... El vulgo tiene a vuesamerced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no contentándose vuesamerced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Los caballeros dicen que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde...» Y como Don Alonso respondiese que las calumnias que le levantase el vulgo, no le producían frío ni calor, porque no hay hombre notable a quien no se le haya levantado alguna, Sancho Panza le advierte que «acerca de las calofías que le ponen», nadie puede informarle mejor que el hijo de Bartolomé Carrasco, que acaba de regresar de Salamanca, graduado de Bachiller, y conocía la historia impresa que de las hazañas de Don Quijote había escrito Cide Hamete Benengeli.

La entrevista del Hidalgo con el Bachiller Sansón Carrasco, es el segundo pretexto que aprovecha Cervantes para hablar de la Parte I del *Quijote*, haciendo magistralmente su crítica. Intrigado el Caballero andante por lo que oyó a Sancho, «no comeré bocado que bien me sepa—exclama,—hasta ser informado de todo». Y el Bachiller, joven socarrón, de nariz chata y boca grande, «señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas», le colma pronto las medidas de su curiosidad.

Desde luego confírmale la noticia de andar impresa la historia de su vida andantesca, compuesta por el *Berengena* que dijo Panza. Le añade que le pinta el autor arábigo el mejor de los caballeros andantes y muy platónico en sus amores con la señora doña Dulcinea del Toboso. Cervantes tenía afirmado que Don Quijote «era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas»; de consiguiente, natural es que interrogase con anhelo a su interlocutor entonces, sobre los hechos que más se ponderaban en aquella su historia. «En eso—responde Ca-

rrasco—hay diferentes opiniones, como hay distintos gustos. Unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuesamerced le parecieron briareos y gigantes; otros a la de los batanes. Este, a la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban a enterrar a Segovia. Uno dice que a todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala a la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno... Dicen algunos que se holgaran se le hubiese olvidado a los autores de la historia, algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote».

Interrumpe Sancho el coloquio admirable, porque también él quiere saber lo que de su intervención en la historia de Don Quijote se opinaba. «Hay tal—satisfacele Carrasco—que en la novela precia más oiros hablar a vos, que al más pintado de toda ella; aunque también hay quien diga que anduvísteis demasiado crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor Don Quijote».

Y a seguida Cervantes sale al paso de un reparo, que, aunque parezca increíble, había de volvérselo a hacer muchos años después de su muerte, por Don Diego Clemencín, por cierto. He aquí las palabras del sin par alcaláño: «Una de las tachas que ponen a la tal historia es que su autor puso en ella una novela titulada *El Curioso Impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino *por no ser de aquel lugar, ni tener nada que ver con la historia de su merced* del señor Don Quijote... Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con cachos... Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tienta y sin ningún discurso, se puso a escribirla a salga lo que saliere...» Sin declarar, pues, por qué intercaló entre los episodios de la Parte I del *Quijote* la citada novela, bien expresivamente da a entender Cervantes que no holgaba su colocación en aquel sitio.

Pero no deja de ser digna de recuerdo la clara alusión que hace de la popularidad de que disfrutaba la primera parte de su novela y el elogio general que de ella consigna. «Es tan frillada—escribe,—y tan leída, y *tan sabida de todo género de gentes*, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: allá va Rocinante... Y los que más se han dado á su lectura son los pajes: *no hay antecámara de un señor donde no se halle un DON QUIJOTE*». ¡Y hay quien ha escrito que el *Quijote* fué recibido friamente por el público!... «La tal historia es del más gusto y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico»... ¡Y ha habido quien, por lo contrario precisamente, pidió la cremación del *Quijote*!...

Naturalmente que a Cervantes, por lo mismo que sabía ser lógico o por lo menos humano, que unos creen yelmo lo que otros juzgan bacía, no había de extrañarle la oposición en los juicios que mereció su historia. Así lo expresa por boca de Don Quijote: «Grandísimo es el riesgo

—dice— a que se expone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que le leyeren... El que de mí trata, a pocos habrá contentado... Antes es al revés—replica Sansón Carrasco,—que, como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia». De lo que puede testificar todo el que la lea, si no está sugestionado por la opinión de algún crítico atrabiliario, como Don Valentín Teodoro Foronda, verbigracia.

A otro reparo, que andando el tiempo dió margen a porfiada, larga y enojosa discusión entre los cervantistas, opone ingeniosamente disculpa el sin rival Cervantes. Copiemos sus palabras: «Algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar *quién fué el ladrón que hurtó el rucio a Sancho*, que (en la novela) no se declara; y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido». Explica el propio Sancho con mucha gracia cómo le desapareció de entre las piernas el asno en que cabalgaba y de qué modo se lo encontró después, yendo jinete en él el famoso Ginesillo de Pasamonte. Mas «no está en esto el yerro—le ataja Carrasco,—sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba á caballo Sancho en el mismo rucio». Y Sancho, malhumorado, le replica: «A eso no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, o ya *sería descuido del impresor*». Que es, según saben todos los cervantistas, el asidero a que se han cogido los no pocos que han tratado en defensa, el punto; asidero muy natural, pues nadie desconoce cómo se trabajaba en aquel entonces en las «oficinas» o imprentas, y cómo salió llena de erratas la primera edición de la Parte I del *Quijote*.

Falta la explicación de un tercer descuido de Cervantes en el relato de la mencionada Parte I. He aquí cómo lo recuerda el autor mismo: «También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta, en Sierra Morena; que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo de ellos o en qué los gastó, *que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra*». Responde Panza que se los entregó a su mujer y a sus hijos y que éstos los emplearon en lo que les fué necesario para vivir, no creyendo indispensable dilucidar más un extremo que sólo a él le interesaba.

Sobre el particular Cervantes no insiste, ni había por qué; mas sobre lo del robo del rucio vuelve a la carga allá por el Capítulo XXV de la segunda parte, como si no sintiéndose satisfecho de la aclaración ya consignada, le conviniese insistir de nuevo en que la culpa del *lapsus* no era suya, sino de los pícaros cajistas o del corrector de pruebas. Lo recordará el lector seguramente: es cuando cuenta Cervantes el graciosísimo episodio del supuesto Maese Pedro, que no era otro que el celebrísimo ladrón Ginés de Pasamonte. «Este Ginés de Pasamonte, a quien Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, *fué el que hurtó a Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el*

cuándo en la *Primera Parte*, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender a muchos, que atribufan a poca memoria del autor la falta de imprenta». Y por si no estuviera esto bastante explícito y claro, añade pocas líneas después de las transcritas: «Ginés le hurtó (el rucio) estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripanta sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas; y después le cobró Sancho como se ha contado».

Remache final, por último, del propósito e intento de Cervantes de tomar la pluma para componer su donosísima novela, son estas terminantes palabras suyas, que a la terminación de ella habrán leído cuantos ojeen las presentes: «Para hacer burla de tantas (aventuras) como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las que hizo (Don Quijote), tan a gusto y beneplácito de las gentes, a cuya noticia llegaron así en estos como en los extraños reinos». Cervantes, pues, sentíase contento y satisfecho de su obra. Podía estarlo, porque también de ella manifestábanse satisfechos y contentos la mayoría de sus lectores. «Yo quedaré ufano—agrega—de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos como enteramente deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías». ¿Qué mayor satisfacción para quien compone una novela, que ver conseguido el intento que se propuso al redactarla, gozando, además, del beneplácito y del aplauso de propios y extraños?

Completaríamos de buen grado la relación que aquí damos por rematada, con la mención del juicio que le mereció a Cervantes el *Quijote* del fingido Avellaneda. Largo y tendido puede hablarse del tema, tan interesante por lo menos como la indagación de quien hubiese podido ser el tordesillesco autor que prosiguió la vida y hazañas de Don Alonso Quijano, publicándolas de manera calificada ya de subrepticia. No ignoro que acerca de tal extremo se han emitido multitud de opiniones, porque casi todas gustosamente las tenemos leídas; y sin embargo, rastreando por las páginas de la primera edición del pseudo *Quijote* o del *Quijote Falso* conforme le nombran otros, pudiera aventurarse una suposición, no del todo infundada, que se apartase de cuantas hasta la fecha se han emitido o sustentado, y que se aproximase bastante a lo que pudo ser la realidad.

Mas sería esto salirse del enunciado del presente artículo; rebasar con mucho el espacio que bondadosamente me reserva en este número el sabio director de la REVISTA CASTELLANA, y abusar de la paciencia del benévolo lector que hasta aquí llegase, si llegó alguno. Por consiguiente, digámonos lo que el loco de que nos habla Cervantes en el inimitable y soberano prólogo de la Parte II de su admirable *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*:

¡Guarda, que es podenco!

CÉSAR MORENO GARCÍA

Madrid-Abril-1916.

Mérito del Quijote como sátira contra los libros de caballerías.

Jamás obra alguna humana ha llenado tan cumplida y perfectamente su fin y su propósito, sobre todo si era obra literaria, y caía, por lo tanto, dentro del esfuerzo del entendimiento, como la que se trazó Miguel de Cervantes al tomar la pluma para combatir la (según él y según los más graves y autorizados humanistas de su tiempo) perniciosa lectura de los libros de caballerías.

En nuestra edad florida conocimos, los que nos hallamos en el ocaso de la vida, afición desmedida a la lectura no menos ociosa que la que desterró con su obra, en las dos primeras décadas del siglo XVII, el escritor cuyo nombre pone hoy en jubilosa conmoción el mundo.

Entonces bibliópolas atentos sólo a sus intereses mercantiles, hallaban modo de multiplicar la venta de obras escritas a destajo, a cuyas asalariadas plumas se ordenaba la prolongación sin término de los episodios, o matar repentinamente al héroe, según era numeroso o escaso el número de suscriptores.

El lector, de ordinario no muy ilustrado, se quedaba sin saber en las novelas llamadas históricas cuál era lo real y cuál lo ficticio, confundiendo en la duda casi siempre los términos, y si eran puramente amorosas, solían dar fruto más amargo despertando mal dormidas inclinaciones. Los que explotaban aquel género de mercancía tenían listos propagadores y contra las precauciones de la madre más previsora que cerraba la puerta a las importunas entregas, se colaban éstas por los intersticios.

La gran actividad de la vida actual, la mayor comunicación de las naciones entre sí, las novedades que cada día ofrece el mismo progreso de las ciencias y de las artes, contribuyen a que las gentes perseveren menos en sus inclinaciones y en sus gustos, y la lectura tan en boga a mitad del siglo último ha venido a ser sustituida por otra, que tal vez no cause menos daño, sino los produce mayores, quedando el género de literatura a que ha reemplazado relegada al folletín o folletón de publicaciones que no quieren privar del alimento intelectual a quienes por su extraviado gusto no quieren tomarlo no siendo muy cargado de mostaza.

En los siglos XVI y principio del XVII la cosa era distinta. Los pocos libros que se imprimían eran teológicos ó místicos, o cuando más didácticos, y de amena literatura no se conocían otros que los de la andante caballería, que partiendo de Amadis de Gaula, fundador y tronco de una descendencia, o con más propiedad dinastía, que extendió su dominio y autoridad por toda Europa, y que se multiplicó de manera tan fecunda como puede verse por el catálogo de la nutrida biblioteca que poseía Don Quijote.

Las novedades importadas de Italia no habían echado raíces y el rico tesoro de nuestro romancero no era todavía conocido. Por otra parte, el género de vida de aquel tiempo, el recogimiento del hogar, y la tranquilidad patriarcal de aquella sedentaria existencia, hacían de consuno que infiltrándose lentamente una novedad en las costumbres, no se la arrancase después, si no con un supremo esfuerzo. Además, los libros de caballerías tenían en su favor diferentes concausas que los hacían no sólo recomendables, sino insustituibles para la lectura del pueblo y aun de los doctos.

El vulgo de las gentes es siempre dado a lo maravilloso y los hechos extraordinarios le seducen y encantan, mientras que las escenas ordinarias de la vida, aun las pintadas con habilidad y gracia, y mucho más las descripciones prolijas, o las disquisiciones abstrusas, le provocan al bostezo. Sobre todo esto, los libros de caballerías tenían para él el poderoso atractivo de estar saturados de cierta extraviada tendencia religiosa, con resabios de paganismo y mezclas de superstición, muy en armonía con las tradiciones, las leyendas y los hábitos de aquella sociedad tan inclinada a prodigios y acciones heroicas y sobrehumanas.

La gente linajuda y aun los doctos también daban respetable contingente a la afición de tales libros, y entre los últimos basta citar como festigo de mayor excepción a Lope de Vega, que con su popularidad y su prestigio era suficiente para arrastrar a sus inclinaciones y a sus gustos a las masas leyentes.

No creía Lope, ni podía creer, como las gentes sencillas, en todos aquellos endriagos, duendes, adivinos y magos; pero encontraba en ellos y en sus pretendidos hechos y en los encantos de los encantadores y en las monstruosidades de los monstruos, la tesis, la finalidad y la tendencia del mismo modo que ahora pretenden hallar los actuales críticos, la más alta política, la más sana moral y la más profunda filosofía, en cada palabra, en cada acción y en cada gesto de Don Quijote.

Y en testimonio de la verdad de lo que decimos rogaremos al mismo Lope que hable y se explicará de este modo: «se ríen muchos de los libros de caballerías porque los miran por la exterior superficie; pero penetrando los corazones de aquella corteza se hallan todas las partes de la filosofía, a saber, natural, racional y moral. La más común acción de los caballeros andantes, añadía, es defender cualquier dama por obligación de caballería, necesitada de favor, en bosque, selva, montaña o encantamiento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado a defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los monstruos de este libro de la envidia humana.» De tal manera se explicaba este juez inapelable, y hay quien se atreva a decir que aquellas aficiones no tenían ya por entonces partidarios.

La familia real, y por consiguiente todo género de cortesanos y personajes de egregia estirpe, eran no ya inclinados a la lectura de las historias de los caballeros andantes, si no dados a poner en acción o paro-

diar sus hechos cuando podían reducirse a forma material y plástica. Con ello, creían fortalecerse para los verdaderos combates, adiestrarse en el manejo de las armas, haciéndose airosos, fuertes y varoniles para resistir las fatigas de la guerra, y los que, menos belicosos, se encontraban con poco deseo de hacer alarde de sus bríos y ardimiento en las funciones de Marte, hallaban, sin embargo, emulación en tomar parte en aquellos torneos en los que, cuando menos, procuraban hacerse un lugar en el corazón de la dama de sus pensamientos, con la gallardía y soltura de sus aptitudes y con la facilidad en el manejo de las armas.

El mismo Felipe II intentó combatir la apatía, poquedad e indolencia de su heredero, cuyos defectos fueron la preocupación de sus últimos años, haciéndole tomar parte en espectáculos de tal índole e intentando alentar su espíritu con la lectura de libros de caballerías escritos expreso.

Con estos precedentes, ¿cómo era posible que no estuviese extendida y arraigada su afición a ellos? Había, sin embargo, en la nación, varones de verdadera ciencia y sólida virtud que viendo la mala dirección que por aquellos derroteros se llevaba, usaron de su prestigiosa autoridad y pusieron a tributo sus talentos y su sabiduría, para separar de aquella dirección a las gentes; pero todo fué inútil.

La grande autoridad de Arias Montano, el nombre del eminente humanista Luis Vives, las máximas morales de Alejo Venegas, la enseñanza, la predicación y los libros que tan ilustres humanistas dedicaron a combatir tan perjudicial, o cuando menos inútil lectura, no produjeron el menor efecto. Las declamaciones se perdían en el vacío, de igual modo que el deseo de ilustrados procuradores de Cortes, que quisieron por medio de pragmáticas, encauzar la afición a la lectura por distintas corrientes. Tan laudables esfuerzos fueron vanos, si no produjeron contrario efecto.

El ventero famoso, que algunas veces dió hospedaje a Don Quijote, estaba a punto de encender la lumbre con «El Curioso impertinente» cuando le dió a leer al señor cura, y no tenía en mayor estima la relación de las proezas de García de Paredes, con ser tan interesantes; pero ni por un ojo de la cara se hubiera desprendido de Don Cirongilio de Tracia. Él era la imagen del pueblo. En su gusto literario estaba fielmente expresado el de la numerosa clase que representaba. No sólo tenía tal predilección por aquel libro, porque le gustase más que los otros, si no porque era la lectura predilecta de los ordinarios huéspedes.

Tal era la cultura literaria del país que con sus portentosas hazañas tenían conquistado y como en feudo los caballeros andantes. ¿Quién podría derribarles ni disputarles su conquista, siendo tantos y tan bravos? Otro más brioso que ellos. Porque entre los inauditos hechos de Don Quijote, en el que verdaderamente tiene vinculada su inmortalidad, es el de haber vencido y rendido sin cuartel él solo, a tantos y tan acreditados caballeros. Tres veces salió por la puerta accesoria de su casa a buscarlos en campo abierto, y aunque no hubiera salido la ter-

cera, su propósito estaba conseguido, mas cuando regresó aparentemente vencido de ésta, pudo bajar al sepulcro tranquilo y satisfecho de dejar asegurada su inmortalidad.

Con sus armas defensivas comidas por el hollín, su rodela de cartón, su lanza mal enastada y su caballo escuálido, acabó para siempre con la raza legendaria de todos aquellos caballeros, dejando cumplida su misión en el mundo.

Cervantes se propuso un objeto determinado y preciso, como él dice, una empresa guardada para él solo; y aunque equivocadamente creyó que su fama quedaba asegurada, más que en este libro, en aquel cuya dedicatoria conmovedora escribió al tiempo de morir, persuadido estaba que quedaba cumplido su objeto.

¿Cuál fué éste? Pocas veces se habrá dicho tan repetida y claramente por autor de libro alguno, el propósito que le guiaba al escribirle, como lo dijo del suyo Cervantes: «mi objeto no es otro que combatir la perniciosa lectura de los libros de caballerías»; y ya no debe repetirse la gracia y donaire con que la escribió y las bellezas y sales que dejó estampadas en ella a pluma llena, y nada decimos de su profunda filosofía, porque en aquella fecha, ni el público ni el autor habían caído en la cuenta de que la tenía; siendo necesario el transcurso de tres siglos para que los de ahora *lo arreglemos de otro modo*, y no veamos ya a Don Quijote arremetiendo contra molinos y ovejas, sino al bien lanza en ristre contra el mal, al ideal soñador y sublime, rendido por el calculador y frío egoísmo, a la virtud y al amor desinteresado y puro, rendidos por el deleite y la grosera materia, y cuando no esto, vemos, por lo menos, emperadores parodiados en la figura del héroe manchego, o acaso personajes de más baja categoría, o tal vez al mismo autor parodiándose a sí mismo, o anagramas más o menos exactos, en los nombres de aquellos que pagaron con olvido o con agravios los favores recibidos de Cervantes; todo menos lo que él dijo de que no se había propuesto al escribir su libro más que combatir la perniciosa lectura de los libros de caballerías. Eso para los incautos lectores de su tiempo, que inocentemente pasaban por cuanto se les decía. Si ellos hubieran alcanzado el grado de ilustración que nosotros, ya hubieran descubierto el cúmulo de ideas político-sociológicas contenidas bajo el yelmo de Mambrino que cubría las sienas de Don Quijote, o siquiera hubiesen hallado el positivismo previsor y cierto colocado en las alforjas de Sancho.

¿Combatir los libros de caballerías? Si fuera cierto lo que el autor dice, ya nadie se acordaría de su libro, arguyen los más iniciados en la materia, porque una vez conseguido el objeto, dicen ellos, ¿qué interés puede despertar su lectura? Y que el propósito lo consiguió de la manera más cumplida no hay para qué decirlo, pues aparte de que un libro de la andante caballería es hoy más raro que un mirlo blanco, ya en vida vió el autor vencidos y rendidos bajo los cascos de Rocinante, a toda la innúmera caterva de caballeros, y con razón pudo decir Cervantes: «por

mi Don Quijote van tropezando y han de caer del todo sin duda alguna». ¿Ni qué extraño puede parecer a nadie esto, a pesar de la indómita pujanza de aquellos caballeros, si caían vencidos al impulso de la lanza de aquel que hasta al mismo rey de las selvas había logrado infundir miedo?

No hay escape, dicen los conspicuos críticos de ahora; nuestra lógica es inflexible: cumplida la misión que justifica la publicación de un libro, éste necesariamente cae envuelto en justificado olvido, como caen y desaparecen los pueblos y las dinastías y las civilizaciones, cuanto más los livianos escritos, después de haber cumplido su misión providencial sobre la tierra.

¿Vive Don Quijote y vive cada día con más lozana juventud y más aplauso y más admiración de las gentes? Luego la misión que trajo al mundo la está llenando ahora, luego su autor embaucó a los sencillotes de sus contemporáneos; pues aunque entonces con tanto regocijo se leyerá y al escribir el segundo capítulo de la segunda parte, pudiera vanagloriarse de que ya de la primera andaban de mano en mano más de doce mil volúmenes, y catorce adelante exclamara, lleno de la más grande de las satisfacciones, que ya se había impreso más de treinta mil veces y que llevaba trazas de imprimirse trescientas mil, y lejos de ser una hipérbole arrancada a la pluma por la alegría, fuese una verdad demasiado parca; todo ello, sin embargo, era escaso, mezquino y pobre, comparado con lo que ahora se reimprime, se lee, se comenta y se propaga por los extremos del mundo. Luego, ocultó la verdad cuando aseveró que nunca tuvo otro propósito que combatir con el arma del ridículo la inclinación a ociosas lecturas, que robaban el tiempo a más útiles ocupaciones trastornando la cabeza de unos pocos lectores y despertando inclinaciones e ideas que no podían redundar sino en daño de la República.

¿Y les parece a ustedes poco todo esto, señores críticos, dicen las personas de menos alcances y de más sereno juicio, les parece a ustedes poco, el haber conseguido todo eso de manera tan radical y tan segura? ¿Cuántos escritores, logrando mucho menos, no se han envanecido legítimamente con sus obras?

Sí, replican, lo reconocemos de buen grado; pero las disquisiciones de la ciencia crítico-filosófica, que los contemporáneos de Cervantes desconocían, ponen de manifiesto y evidencian cuanto de oculto, abstracto y recóndito oculta cada episodio, cada capítulo y cada página del imperecedero libro. ¡Ah! exclama el buen sentido, por boca del vulgo de los lectores; ¿pues cómo nosotros, que ni aun explicándonoslo entendemos nada de eso, hallamos en él tan puro deleite, tan refrigerante alivio a nuestras fatigas y tan consolador refugio a nuestras penas? ¿Será que con estas solas cualidades tiene bastante el libro para hacerse perdurable?

Tiene además la muy recomendable de la claridad.

Todo lo que en él se pretende encontrar ahora, serán deducciones,

en muchos casos juiciosas y fundadas, siquiera no pasasen por la mente del escritor; pero otras no son más que verdaderos delirios de los comentadores.

Decir, por ejemplo, que los consejos que da a Sancho, al partir a su gobierno, son un dechado de urbanidad y de trato social, será una verdad evidente; pero no lo es menos que Cervantes ni siquiera reparó en ello. Que del gobierno del escudero, con ser tan breve, se puedan sacar provechosas enseñanzas y hasta algo de esa misma filosofía, de que se pretende hacer un tratado a toda la obra, no cabe duda.

Con lo efímero de su gobierno pudo aprender Sancho, a su costa, sin tener nada de filósofo, cuán deleznable son las grandezas y los honores tras los que la humanidad se afana, y los habitantes de la insula, cómo, en no pocos casos, pueden suplir con ventaja la recta voluntad y el buen sentido a las más meditadas y previsoras leyes, y uno y otros, cómo del más elevado puesto puede caerse fácilmente al más profundo abismo.

¿Quién duda que de todo esto puede escribirse un interesante y largo tratado? Pero hay que repetir una vez y ciento, que se deduce y lo ofrece el libro por añadidura, no que el autor se propusiera hacer escuela y propaganda de tales ideas. Era que inflamada su alma y empujándole su inspiración, se dejaba llevar por el mundo ideal donde se cernía su espíritu.

¡Ah! Cuando la pluma de Cervantes escribía el inmortal libro, agitada a impulso de la mano febril que la regía, su dueño no se daba cuenta de su estado; su espíritu, elevándose en divino éxtasis, se olvidaba de la flaca y débil materia en que estaba encarcelado, de las miserias e ingratitudes de los hombres, y dilatándose su pecho en el ambiente puro y diáfano donde se espaciaban los rectos entendimientos y se conciben las grandes ideas, adormecíase su alma soñadora en amoroso deliquio, del que al despertar ante las tristezas reales de la vida, gozaba todavía por algunos instantes en la contemplación de su obra, en la que adivinaba la garantía segura de su futura gloria.

No se propuso el gran prosista, como pretende Ríos, tomar como modelo al épico Homero, imitando con las acciones del suyo las de los héroes del vate legendario, ni se acordó de la piedad del protagonista de la «Eneida», ni tuvo en cuenta los arrebatos grandilocuentes del Ariosto, como pretende Voltaire, ni siquiera se acordó de la historia del romano Pompeyo, como se acaba de decir en estos días. Su inspiración se la debió a sí mismo sin necesidad de libarla en fuentes ajenas, en que refrescar su numen, teniendo propios tan abundantes manantiales, ni de afinar su lira por el diapasón de las extrañas. Sólo imitó a la especie de héroes de la andantesca caballería, creaciones, las más de ellas, de mediocres entendimientos. Pero remontándose y perdiendo de vista muy pronto los extraños modelos de las inverosímiles y absurdas aventuras que se propuso ridiculizar, logró, sin embargo, su objeto, sin sacar a sus personajes de las acciones más corrientes, posibles y humanas.

Todo cuanto ocurre y pasa en el palacio ducal, con ocurrir y pasar tanto, está encerrado dentro de los límites de la más escrupulosa y severa verosimilitud.

No ya armonías cencerriles, ni orfeones gatunos o picarescas e intencionadas serenatas, entonadas por frescas y argentinas gargantas, que darían envidia a las más afamadas tiples, por la dulzura y timbre de la voz y la intencionada gracia de las cantoras, sino la presencia de magos, adivinos y demonios, aparecen y desaparecen allí con la mayor oportunidad y la más correcta verosimilitud. Todo, todo lo fantástico, todo lo extraordinario, todo lo maravilloso, tiene lugar allí de tal manera justificado y propio, que el más sesudo y escrupuloso pseudo-clásico, tiene que darlo por adecuado y cierto, no sólo aceptando como palpable lo más portentoso de tan extrañas apariciones, sino admitiendo, hasta tomar parte en ellos con deleite, arriesgados viajes por las más elevadas regiones, sino haciéndolos con gusto a remotos países, puesto que había de estar de retorno en breve espacio y se le proporcionaba gratis billete de ida y vuelta.

Cumplió, pues, Cervantes, de manera inimitable y sin ejemplo al escribir contra los de la andante caballería su satírico libro.

Libro que ha sido el consuelo de las aflicciones humanas en el transcurso de tres centurias, en el que cada día encuentran nuevo motivo de regocijo los ignorantes, nuevas enseñanzas los doctos, nueva doctrina los críticos, nuevas teorías los filósofos, inagotable fuente de admirables enseñanzas los literatos, y, finalmente, legítimo lenitivo a las contrariedades de la vida, todos cuantos pasan la vista por sus páginas. Libro de quien dijo un extranjero, escritor no muy entusiasta de nuestras glorias literarias, que sentía envidia de los que no le habían leído, porque les quedaba ese honestísimo deleite que saborear.

JOSÉ NIETO

Don Quijote en los Estudios de Salamanca

(CONFERENCIA LEIDA EN EL ATENEO SALMANTINO)

Rebuscando un día, por ferias de Septiembre, en los puestos de libros, di, entre otros menos curiosos, con un legajo amarillento, envuelto en viejos pergaminos, cuyo rótulo, traducido por un arabista amigo, decía poco más o menos:

«De cómo el gran caballero de la Mancha hizo su entrada en la inmortal ciudad de Salamanca, y del agasajo que recibió en los estudios y demás hechos memorables de esta famosa visita».

Llenóme el ojo tan suculento epígrafe y, ni corto ni perezoso, concerté con el susodicho arabista la traducción; y él que a tanto por línea, y yo que a tanto por pliego, llegamos a concordia en un tanto cuanto por párrafo, y he aquí la versión que, si valen juramentos de moriscos, me juró ser del todo fiel y exacta.

«Digo yo Cide Hamete que, después de las andancias y aventuras relatadas en los capítulos anteriores, don Quijote, seguido de su buen escudero Sancho, se encaminó por el más corto camino, que era la orilla derecha del Tormes, a Salamanca. Era razón de tal apresuramiento el platicar sobre ciertas dudas filosóficas con el sabio maestro Ciruela, y, más, que todo, el ardiente deseo de desautorizar unos comentarios de su vida que andaban muy en boga en las escuelas, el de pisar aquellos claustros y aquellas aulas de donde el saber fluye a raudales y el ansia de departir con docentes y discentes, gozando de cerca los sabrosos frutos de tanto peregrino ingenio.

Él había ya mandado embajada por delante, valiéndose de un mercader en sedas, que posó con él dos noches antes en Peñaranda, con lo cual los estudiantes, que conocíanle ya de fama, andaban alborozados, urdiendo tretas y bromas para hacer más sonado y chocante el recibimiento.

Cerca ya de la ciudad, y en el sitio que llaman de La Flecha, que es ameno retiro y granja de la Orden de San Agustín, con unas aceñas de varaseto, rodeadas de sauces y alamedas, don Quijote dijo a su escudero:

—Amigo Sancho, tú que tienes menos cansada la vista y no precisas de los espejos de Arión, echa en torno tuyo una mirada y hallarás el famoso manantial y pura fontana cantados en horaciana silva por el P. Maestro Fray Luis de León.

—No veo tal Merenciana, ni tal hontana, ni tal silva, ni tal fraile, sino unos juncuales bravíos que crecen en terreno pantanoso, donde se atolla mi rucio.

—Y la cumbre airosa, ¿tampoco la divisas?

—Cumbre sí, veloila; pero de si es o no airosa, nada digo, porque aquí abajo no se mueve ni una brizna.

—Obra será de encantadores el que tú no veas con los ojos del cuerpo, que ha de comer la tierra, lo que yo estoy viendo con los del alma. Y, antes de entrar en la Atenas española, bueno será que refrigeremos nuestros cansados miembros con abluciones de este manantial de sana poesía.

—Agua veo; pero no manantío, aunque no será imposible que nazga en aquel mojanfial.

—¡Oh buen Sancho! pásate lo que a todos los rústicos y personas vulgares y mal nacidas, que ven los efectos y no las causas que les dan origen, y así miras aquí abajo el agua y no coliges que de arriba ha de venir, cayendo por su peso, y que, si aquí se extiende y esponja por la húmeda tierra, arriba se contendrá en un estrecho conduto.

—Acabáramos. Si tal es la hontana, allá lejos, a media ladera, destingo yo el cañuto que dice vuestra merced.

—Pues encamínname a él.

Lo hizo así Sancho y llegaron a una extensa plazoleta, oculta entre yedras y zarzales y tan solitaria y llena de plantas florecidas, que, al penetrar en ella, exclamó don Quijote con sentido acento:

—¡Oh lugar delicioso! ¡Oh huerto sellado!, recóndita alcancía de la rústica belleza, virgiliano y poético refiro! No seré yo quien huelle con mis plantas el aterciopelado césped de tus carriles y senderos, por donde un tiempo discurría serenamente el gran agustiniano!

Y arrodillándose a la entrada, dijo a Sancho, que trataba de hacer lo mismo:

—Ve, tú, Sancho, a la fuente y llena este yelmo—y, entregándole el de Mambrino, que llevaba puesto, añadió:—En él beberemos, como si fuese el Santo Grial de Monsalvato.

—Si vuestra merced no puede pisar estas yerbas, siendo tan gran caballero, ¿cómo podrá hollarlas un villano harto de ajos, un jayán sin honor ni cosa que lo valga?—dijo Sancho que, aunque cristiano viejo, es fama que tuvo sus puntos y ribetes de zumbón.

—¡Ay Sancho, Sancho! tú eres ingenioso; pero no tanto, que te percaes que cuando tú vas, yo vuelvo. ¿No has visto más de una vez, cuando hay obra en algún templo o santuario, cómo penetran, sin réplica de nadie, en lo más sagrado de él los asnos cargados de cal y de ladrillo? Pues salvando la diferencia de asno a villano, que no es mucha cosa, ¿qué reparo ha de haber en que tú vayas y vuelvas de rodillas para servirme el agua?

—¿De rodillas ha de ser?

—De rodillas o de pies y aun calzado—contestó don Quijote algo alterado—sea como quieras; que para tales menesteres que, como te he dicho, se encomiendan a los asnos en lugar sagrado, no se les manda dejar las herraduras a la puerta.

—No ya de rudillas, a gatas, como me parió mi madre he de ir—dijo Sancho dolido del enfado de su amo.

Y, diciendo y haciendo, fué, lavó y recogió en el yelmo el líquido cristal y se lo sirvió reverentemente al caballero.

Este, con ademán solemne, elevó al cielo el colmado vaso, bebió levemente por uno de sus bordes, y volviéndolo a elevar, vertiólo pausadamente sobre el propio colodrillo, a tiempo que decía:

—¡Oh licor sagrado de la poesía, espíritu sereno de los campos, alma excelsa del gran maestro salamanqués, divino Dionisio, sustancia y jugo de la madre tierra! Refresca y vigoriza mi voluntad para nuevas empresas que sean asombro de las edades venideras.

—Amén. Y vamos pronto a nuestras cabalgaduras—dijo Sancho—que allí columbro gente alegre y bullanguera que puede espantarlas.

Y así era la verdad, que ya Rocinante erizaba las orejas. La tal gente era una turba estudiantil vestida al uso de las naciones en que está dividida la Escuela: los murcianos, con montera y zaragüelles, llevaban una col a guisa de bandera; los extremeños, una longaniza, y así los demás, según el uso y costumbre de cada nación. Uno de ellos, que revelaba ingenio pronto y zumbón, acercándose con muchos rendimientos a don Quijote, que ya era ginete, le dijo:

—Mi señor don Quijote, flor y espejo de toda la caballería andante, luz y gufa de las presentes y venideras generaciones...

—No sigáis, no sigáis—interrumpió don Quijote un tanto envanecido.—Ante el alma mafer, de las Españas, cuyas cúpulas y chapiteles ya diviso en la lontananza, nadie es grande y yo soy humilde peregrino que viene a postrarse en vuestros umbrales.

—¡Salamanca y su escuela os saludan!—gritaron todos.

D. Quijote hizo zalema de agradecerlo, y luego, el que hacía de cabeza, destacándose y llevándole a una parte, le dijo en gran reserva: —Señor, en medio del júbilo de vuestra llegada tenemos un gran dolor y sentimiento: sobre a quién corresponde la honra de hospedaros ha surgido gran contienda y han resucitado los bandos que ensangrentaron la ciudad por tantos años. Monroyes, Maldonados, Anayas, Varillas y Ramos del Manzano han apelado a las espadas, y la entrada de la ciudad, donde se os preparaba el acogimiento debido a vuestra alcurnia y heroicos hechos, es un campo de Agramante.

—¡Voto va!—dijo don Quijote, apoyándose en los estribos y requiriendo el lanzón—¡Voto va, y que por tan poca cosa han de reñir batalla estos salamanqueses y que han de ser los mismos de siempre! Id y decidles de parte del Caballero de la Triste Figura que allá voy, y que, si por razones, como aquel buen padre de Sahagún, no logro avenirles, tornaré al camino sin hacer estancia en ese humano avispero. Y cuanto a lo del hospedaje, no lo haré en los palacios de los próceres mentados, sino en alguna posada, que por malas que sean las de Salamanca (y no es esto afirmar que lo sean), no han de hacer buenas a las manchegas.

Partió rápido el emisario, y volviéndose al concurso, gritó don Quijote con voz de trueno:

—¡En marcha!

Metiendo espuelas, hizo dar una carreruela al pesado Rocinante el cual, apenas llegado al arenal del Angel, paróse en seco. Llevado a duras penas por Sancho del ronزال y cien veces malditos por el jinete los encantadores que detenían su carrera, llegó al fin a la entrada de la ciudad, descendiendo por el Rollo a la puerta de Toro.

El concurso, allí numerosísimo, gritaba con entusiasmo, disparando cohetes, tracas y arcabuzazos, y la clave de las campanas, que se concertó para las bodas de Felipe II, elevaba, sobre el griterío humano, sus solemnes acordes. Todo era júbilo en la Roma chica, y de la pasada discordia, conocida la amenaza de don Quijote, no había quedado el menor rastro, antes los partidarios de las distintas banderías rodearon y aclamaron juntos al ilustre huésped, como si entre ellos no hubiera mediado tan airada contienda.

Así, agasajados desde los balcones, con flores, trigo y aleluyas, llegaron a la puerta principal de los Estudios Mayores donde, descabalgando a duras penas, penetró don Quijote, llevado en volandas de la grey estudiantil.

¡Al aula magna!, gritaba el concurso, y al *aula magna* fueron a parar y en ella entraron, precedidos de los pifanos y atabalillos, al mismo tiempo que campaneaba en las alturas el címbalo universitario.

Nuestro insigne manchego, demudado el rostro, temblando de pies y manos, confuso y anonadado, subió a la cátedra y, destocándose yelmo y casco, ofreció a la vista del auditorio aquella descarnada cabeza, aquella lánguida faz y lacios bigotes que le dieron nombre de Caballero de la Triste Figura.

No tardaron poco, rector, bedeles y alguaciles del silencio, en poner orden en aquel concurso de gente zumbona, que no sólo en aquella ocasión, sino en otras más solemnes, ensordecía el ámbito con sus gritos.

Hízose al fin, a medias, el silencio y fué entonces cuando el rector, que era un garrido joven dieciochero, abundante de palabras y sobrio de ademanes, dió al auditorio noticia y presentación del heroico hidalgo, quien fué acogido entre las más ruidosas aclamaciones.

Llegado el turno a D. Quijote, enmudeció el concurso de tal modo, que se oíría el volar de un mosquito.

—Nunca tembló mi ánimo—comenzó diciendo con voz apagada— en las mayores aventuras de la vida caballeresca, y ahora me sobrecoge el pavor de pies a cabeza; y es—continuó un tanto animado—que yo he luchado con gigantes y malandrines, con mesnadas y aun con ejércitos visibles e invisibles, reales y aparentes; yo he realizado las más grandes proezas de las armas; pero mi alma impertérrita, mi brazo de hierro y mi espada invencible se rinden, anonadan y humillan ante esta excelsa institución, monumento prodigioso de las artes y las ciencias.

Un estentóreo ¡victor! llenó el aula anchurosa, y D. Quijote, ya a plena y segura voz, continuó:

—Yo tiemblo ante vuestras mercedes, maestros y discípulos; que aunque sea cierta la hermandad entre las armas y las letras, siempre fueron éstas el hermano mayor, el primogénito, el que representa y vincula el solar y la raza, a quien los menores deben honor y pleitesía. Por eso yo os pido perdón, yo, el más humilde de los caballeros nacidos, yo os pido perdón de mi atrevimiento. Y hecha esta declaración, voy derecho, por no cansaros más, a deciros el motivo de mi visita y la razón de esta audacia caballeresca, la mayor de todas mis empresas y aventuras, de atreverme a venir ante vuestras mercedes y dirigiros la palabra.

Aun no hace dos años, caminando a la ventura, tuve contienda singular con un vizcaíno que, ocultas, cautivas y no sé si encantadas, conducía a dos damas principales. Mi espada, después de mal herirle y derribarle, iba a sellar sus labios para siempre; pero las hermosas cautivas, implorando por él, me obligaron a perdonarle.

No le impuse otra condición ni concierto, ni exigí de su gratitud mayor prenda que la de ir al Toboso y presentarse de mi parte a la sin par Dulcinea para que ella ficiese de él lo que más fuere de su voluntad.

¿Y sabéis cómo ese vizcaíno ha correspondido a mis larguezas y magnanimidades? Pues escribiendo una falsa historia mía, que bien sé que corre con gran crédito en vuestras manos, y que él llama *Comento de mi vida*, en la cual lo menos que dice es que yo, el más sesudo de todos los caballeros andantes, estoy loco, si bien declara que él también lo está de remate.

Y aquí viene bien aquello de: cree el ladrón que todos son de su condición. Cree el vizcaíno que todos estamos tan faltos de seso como él y, cuando pretende escribir la historia mía, escribe la suya que es, por cierto, una continuada cadena de las más disparatadas empresas; y, como es natural, la escribe en su jerga vizcaína, que no hay quien la entienda ni resista a leerla de corrido, ni aun con descanso y por jornadas.

¡Ah vasco selvático, Sancho de Azpeitia endiablado! Apéate de la mula de tu jerigonza, cuya falsedad tú mismo lamentas y, si quieres ser cronista de caballeros andantes, lo primero que debes hacer es echar pie a tierra y seguir humildemente la huella luminosa de mis pasos y el surco profundo y sangriento de mis heroicas aventuras y escribir luego en castellano corriente y moliente, sin premáticas, hipérbolos ni otro linaje de hueras filosofías.

¡Y aquí está D. Quijote — gritó con voz estentórea — aquí está D. Quijote, aquí está D. Quijote! ¡tres veces lo digo y lo diría tres mill para decir a vuestras mercedes y al mundo entero, que yo no tengo esas honduras y recovecos de que habla el vizcaíno, que soy hombre liso, llano, sencillo y honesto como lo manda la orden de Caballería en que

profeso, y que esos otros Quijotes del tordesillano y del vizcaíno, desmemoriados y locos, que nadan entre las dos aguas del genio y la demencia, no tienen conmigo más ligamen que la historia de Amadís con las coplas de Calafinos.

Yo, señores míos, soy el único Quijote: el del páramo y el de las verdes montañas y el de toda la raza española hasta las más remotas latitudes, y no admito par ni mellizo ni segundo.

Y tocante a lo que ese vizcaíno dice de Dulcinea: que si él la hubiera visto, se hubiera él enamorado perdidamente de ella, y aun ella de él, yo accedo a la primera afirmación, aun siendo irreverente, pero niego y reniego mil veces de la segunda, y...

En tal momento, destacándose sobre la amplia plataforma, apareció un hombre alto, recio, con grandes espejuelos de concha sobre la corva nariz y vestido a la golilla.

—Mi señor D. Quijote—dijo con voz serena, una vez que cesó el bullicio de la gente,—he aquí rendido a vuestras plantas al vizcaíno Sancho de Azpeitia...

—¡Ah! malandrín, follón y bellaco, ¿tú aquí?—rugió D. Quijote, echando mano a la espada y sin dejarle acabar—¿tú aquí?

Puso paz el rector a duras penas, logrando que D. Quijote se viniese a razones, y el vizcaíno siguió con igual tranquilidad:

—Aquí yo, sí, mi señor D. Quijote; aquí yo, que, después de lo pasado, he convertido mis rencores en afeto y en veneración al mayor caballero que vieron los siglos.

Cierto que escribí vuestra historia y que dije que vos y yo estamos tocados de igual locura; pero esta locura nuestra no quiere decir que fuera demencia de orate, sino llama y delirio de infinito amor a nuestra Dulcinea...

—¡Dulcinea! ¡Dulcinea! Mira bien lo que dices, Sancho de Azpeitia, que ibas razonable, y vas desvariando y...

—No desvarío, señor. Tu Dulcinea y la mía y la de todos los caballeros del ideal que han sido en el mundo, es una misma y única persona: su frente toca a los cielos, sus pies huellan nubes de nácar, sus cabellos son rayos arrancados a Febo...

—No sigas, no sigas; esa es... ¿tú la viste?

—Yo la vide, y no ocupada en oficios vulgares, como te dijo tu sencillo escudero, sino ensartando gotas de rocío caídas de los collares de la aurora. Yo la vi y la amé como vos.

—¡Azpeitia, ten tu lengua!

—La amé como vos, y ella como a vos me amó... Aguardad, aguardad, señor—dijo el vizcaíno, viendo que D. Quijote se le venía encima,—que antes de morir a vuestras manos sin defenderme, ya que por ser de ella soy vuestro, tengo que cumplir un encargo de ella recibido.

—Habla pronto y claro, que tus horas están contadas...

—Ella me dijo: ve, Sancho de Azpeitia, ve presto en busca de mi

señor D. Quijote y dile que su Dulcinea no es ni zafia aldeana, ni altiva princesa, ni doncella encantada, ni otra cosa material tangible y deleznable, sino espíritu puro que escapa de las manos de los mortales, esencia vagarosa que cruza por los cielos, alma de las almas buenas y germen sutil de todo los grandes pensamientos de los hombres.

Dile que yo le asisto en sus aventuras y enciendo su valor en los combates y velo su sueño y ahuyento a sus enemigos; pero que nunca me verá, porque soy invisible; ni me tocará, porque soy impalpable; ni seré suya, porque soy la gozada de todos y de ninguno poseída.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo, y dijo también: dale mis brazos con tus brazos y, tocados del mismo amor y de la misma locura, salid nuevamente, pues a vosotros y a todos los que con vosotros crean en mí y me amen pura y honestamente, como tú y D. Quijote, está reservada la salvación del mundo.

Echóse D. Quijote en brazos del vizcaíno, y ambos a dos, llorosos y enternecidos, acordaron salir al día siguiente: uno hacia el brumoso Norte, y otro hacia el radiante Mediodía, resueltos y decididos a conquistar la tierra para su hermosa Dulcinea.

Con gran algazara festejó la turba escolar el gentil y por todos celebrado remate de la contienda entre D. Quijote y el vizcaíno. Destacóse, en esto, de entre lo espeso de la gente un grupo de estudiantones pardales, gente arriscada y de buen humor que, acercándose a nuestro Caballero, le subieron en hombros, saliendo con él en tropel del aula magna precedidos de otros tres que despejaban el camino. Dos de ellos llevaban ensartadas en unos varaes unas vejigas de vaca, de las que se suelen usar en carnestolendas, y otro alzaba, a guisa de pendón o estandarte, un cartelón grande, en el cual se parecían, muy a lo vivo y propiamente pintadas, las veras efigies de don Quijote y de Sancho con sendos rótulos, que decían: uno, «El Caballero de la Triste Figura», y otro, «Aqueste es Sancho Panza, su escudero». En la parte más alta del cartelón, y como coronándolo todo, se leía claramente el consabido lema latino, compuesto de dos palabras:

CHARITAS BONITAS

que los escolares voceaban socarronamente a la llana española, según llevaban a don Quijote en volandas.

El barullo aumentaba, el griterío cundía y la confusión imperaba, arreciando al asomar a la calle, sin que desde este momento cesara un punto.

Obsequiaron a D. Quijote, en el camino de vuelta a su posada, con las mismas ceremonias y extremos que a su triunfal recibimiento, acreditados aun más, como ya cerraba la noche, con muchos y muy valiosos

fuegos y luminarias; que aquella tarde memorable hasta las monjas de clausura pusieron tras las celosías sus candelillas.»

De todo lo cual (añado yo de mi cuenta, para reparar imperdonable descuido de Benengeli, si no has, oh paciente auditorio, a enojo mi osadía), de todo lo cual—digo—apenas si curaba Sancho, el buen Sancho, que sentado cabe el brocal del pozo universitario, y en amorosa compañía con solas sus alforjas, despachaba una buena merienda.

LUIS MALDONADO

Dos caminantes

Cae la tarde. Por amplio y solitario descampado, donde la poesía y el misterio mezclan sus murmullos, caminan con lentitud dos jinetes. Uno de ellos monta un escuálido jamelgo que así llama la atención por su cachaza como por sus arneses; otro cabalga sobre una mula torda que a tiro de ballesta delata ser de alquiler. El primer jinete se yergue en su silla con altanero continente; el segundo inclina la cabeza sobre el pecho con dolorosa melancolía.

Se oculta el sol tras la línea ininterrumpida que cierra el horizonte. En el espacio vibra y juguetea una urdimbre de luces y colores. Un árbol escueto campa en la lejanía como desmedrado rey de aquella extensión imponente. Al paso de las dos cabalgaduras se alzan bandadas de pajarillos entre medrosos e irritados por aquella invasión, y que, aun queriendo protestar, cantan.

Uno de los jinetes es flaco, zancudo, desgarbado. Sus ojos brillan con extraños destellos, que a veces parecen de locura, a veces de valor temerario. Su brazo derecho abandona de vez en cuando las riendas para agitarse en el aire como si esgrimiera férrea lanza.

El otro viajero es hombre maduro. Sus barbas son de plata—alguna vez fueron de oro—; su nariz, aguilena; sus bigotes, grandes; su frente... ¡Ah, su frente! Su frente lleva impresa, con letras luminosas, la leyenda imperecedera del genio.

De pronto, el hidalgo del caballo escuálido dice a su acompañante:

—¿De modo que tú, según dicen, has sido mi creador? ¿El que me engendró en los senos de su fantasía para echarme a correr por campos y aldeas y exponerme a la admiración del mundo?

El hombre de los bigotes grandes alzó su fatigada cabeza, miró silenciosamente al extravagante personaje, dibujó una amarga sonrisa en sus labios y habló de este modo:

—Sí, yo he sido quien te dió la vida. Yo quien te sacó de la nada para perpetuarte a través de los siglos. ¿Lo dudas tal vez?

—No, no lo dudo—repuso el hidalgo—. Algo hay en ti que me infunde respeto, que me obliga a mirarte como un sér superior. Gracias a ti me eché por el mundo, llevado de ideales caballerescos, para enderezar tuertos y desfacer agravios; si tú me lo mandas, me retiraré a mi aldea para esperar mi última hora bajo los cuidados del ama y la sobrina.

—¡No, no! ¡Jamás!—repuso vivamente el caballero de la mula—. Sigue, sigue constantemente tus espantables proezas. Camina sin descanso en pos de un ideal, por más irrealizable más grato y seductor. ¿Qué será de ti el día que pierdas esa halagüeña ilusión? ¿No ves que tocarás las impurezas de la realidad, y los gigantes te parecerán seres mezquinos, llenos de bajezas y pasiones, y la misma Dulcinea—prototipo de la hermosura y de la pureza—te parecerá una mujer de carne y hueso, vulgar, zafia, liviana tal vez? Cumple, cumple tu destino.

—¿Y tú?—interrumpió el hidalgo enjuto—¿por qué no vienes conmigo? ¿No sientes los mismos impulsos, los mismos estímulos que yo?

—¡Ay, ojalá!—contestó fríamente el otro—. En el volcán de mis ilusiones no hay más que cenizas. ¡Ah, si yo pudiera imbuir en mi propio espíritu los sentimientos que he sabido inspirar en el tuyo! ¡Si yo pudiera tender ante mis ojos un velo prodigioso, a través del cual divisara solamente las imágenes de mis sueños, inmaculadas y libres de toda contaminación! Escucha—agregó luego, mirando a su interlocutor con cariño de padre—: el privilegio que tú tienes es patrimonio de pocos. Todos los nacidos, aunque quieran aislarse en un círculo de hierro, ven que a su lado se alzan la maldad, la concusión, la firanfa, sin poder remediar el daño y aun sufriendo los efectos del contagio. Para ti, el mantenimiento del bien y de la justicia es cosa sencilla. Basta con el esfuerzo de tu brazo.

—Ve, sin embargo, que no faltan malandrines que osen oponerse al empuje de mis armas.

—¿Y qué se te da a ti de esas viles criaturas? Si las vences, crees vencer a gigantes descomunales; si te vencen a ti, atribuyes la derrota a las malas artes de encantadores enemigos. Tu valor siempre permanece incólume; tu ilusión se mantiene viva, pese a yangüeses y galeotes. ¿Habrá nadie más dichoso?

—Entonces—preguntó el hidalgo, mientras agujaba en vano al pacienzudo jamelgo—. ¿quieres que continúe realizando mi humanitaria misión sin retroceder ante los peligros?

—Lo quiero. Y si alguna vez observas que cambian tus pensamientos, que se desploma de su pedestal esa aérea imagen que sin cesar persigues, échate a temblar, porque entonces llega tu muerte.

Callaron unos momentos. Después, el hidalgo flaco dijo a su acompañante:

—Pero ¿es que tan desnudo estás de ilusiones, tan despojado de toda esperanza, que no ves siquiera un rayo de luz en tu camino?

—Sí—contestó el caballero, mientras su rostro se animaba—. Mi esperanza eres tú. Veo allá lejos, muy lejos, la llama sagrada que ha de

alumbrar mi paso. Los hombres mantienen la hoguera, nuevo fuego de Vesta que no se ha de extinguir nunca. Bajo sus rojizos resplandores, la Humanidad entona un himno perenne de gloria...

Calló el caballero. La noche, en tanto, cerró pesadamente las puertas a la luz. La poesía y el misterio redoblaron sus murmullos. Por el llano adelante siguieron cabalgando Miguel de Cervantes y su hijo espiritual el Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha.

NARCISO ALONSO CORTÉS



ESCRITORES LEONESES

Fr. Bernardino de Sahagún

Nació el primer año del siglo XVI en la villa de la provincia leonesa que indica su apellido; está situada en la margen izquierda del río Cea, con fértil y amena campiña; debe su origen y nombre al célebre monasterio de los Santos mártires Facundo y Primitivo, y cuenta, entre sus hijos más ilustres, a San Juan de Sahagún, que se inmortalizó por la sublimidad de sus virtudes, y a Fr. Pedro Ponce, famoso, en aquél siglo, por su invento de enseñar a los sordo-mudos.

Carecemos de noticias referentes a su familia y a su infancia.

Los más interesantes datos para la biografía del escritor leonés halláanse, mezclados con multitud de noticias de muy diversos asuntos, en el «Arbol cronológico de la provincia de Santiago del orden Seráfico», por Jacobo de Castro (Salamanca y Santiago, 1722), en la «Bibliotheca universa Franciscana» de Juan de S. Antonio (Matriti, 1732), en el «Epítome de la Biblioteca oriental y occidental» de Antonio de León Pinelo (Madrid, 1737-1738) y en las «Cartas de Indias» (Madrid, 1877).

Por las obras mencionadas sabemos que Fr. Bernardino de Sahagún llevó, en el siglo, el apellido de Riveira, lo cual parece indicar origen gallego o portugués; que, al entrar en la adolescencia, tomó el hábito de religioso en un convento de la orden de menores observantes de San Francisco, perteneciente a la provincia de Cantabria; que en este hizo, con singular aprovechamiento, los primeros estudios, dando muestras de un talento privilegiado, y que, para continuarlos, fué a Salamanca en cuya docta Universidad brilló, por modo extraordinario, en toda clase de conocimientos.

Apto ya para consagrarse a los trabajos de su instituto, y deseando poner su inteligencia y todas las energías de su juventud al servicio de la grandiosa obra de salvar a las almas, el año de 1529 se dirigió a Nueva España, en donde varios religiosos de las órdenes franciscana y dominicana, desde 1524 y 1525 respectivamente, se dedicaban, con feliz éxito, a las tareas evangélicas; encontrándose a la sazón, al frente de aquellos valientes misioneros dos ilustres leoneses: Fr. Francisco de Betanzos, natural de León, residente en la isla Española desde 1514 y primer provincial de los dominicos, y Fr. Martín de Valencia, natural de Valencia de don Juan y primer custodio de los franciscanos.

Tan pronto como arribó a las playas del Nuevo Mundo fué nombrado Guardián del convento de franciscanos de Méjico, demostrando, en el desempeño de tan difícil cargo, las altas dotes de gobierno que le adornaban. Más tarde, en el de Tlalmanalco, en donde rigió los destinos de la comunidad, fué testigo de los singulares favores con que el cielo

distinguía al venerable Fr. Martín de Valencia, el cual profesó al Padre Sahagún entrañable afecto.

Sus vastos y profundos conocimientos en todos los ramos del saber reclamábanle para las difíciles tareas de la enseñanza. En efecto, fundado el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, con el fin de instruir a los jóvenes indios, por el provincial Fr. García de Cisneros, se nombró al religioso leonés catedrático de Latinidad de esta especie de seminario y no tardó en acreditar el acierto de la elección con su mansedumbre, excelente conducta profesional y adelantamiento de sus discípulos.

Durante los últimos cuarenta años de su vida, (murió en Méjico el día 23 de octubre de 1590), se consagró de lleno a la realización de las dos ideas que constantemente le habían preocupado, obligándole a salir de su patria: a predicar el Evangelio entre los indios y a consignar sus investigaciones sobre el lenguaje, origen y vicisitudes del antiguo imperio de Motezuma, en una larga serie de obras cuyo interés crece de día en día al mismo compás que progresan los estudios históricos y filológicos.

El Rey Carlos V, conocedor del patriotismo y desinterés de los franciscanos de Méjico, depositó en ellos toda su confianza al ordenarles que le comunicaran cualquier evento que pudiese alterar la paz de sus súbditos en aquel imperio, lo cual equivalía a concederles una alta inspección sobre los actos de los virreyes.

Siéndolo de Méjico el Ecmo. señor don Luis de Velasco, surgió un grave conflicto entre dicha autoridad y la Real Audiencia, con motivo de arrogarse ésta el derecho de apelación de las providencias del Virrey. Dicho conflicto obligó a los franciscanos de Nueva España a ejecutar las órdenes del Rey, dirigiéndole, con fecha 20 de octubre del año 1522, una carta, firmada, entre otros religiosos, por Fr. Bernardino de Sahagún y en la cual manifestaban a S. M. la necesidad de tomar medidas de rigor y poner fin a la mencionada competencia de autoridades que, no remediada a su debido tiempo, traería fatales consecuencias para una y otra población, india y española.

El P. Sahagún, honra y prez de la orden franciscana, es un escritor polígrafo. Sus obras pueden clasificarse en Catequísticas, Teológico-Morales, Oratorias, Místicas, Poéticas, Filológicas e Históricas.

Pertencen al primer grupo las dos *Exposiciones del Symbolo Atanasiano*, una parafrástica y otra en forma de diálogo. Se califican de Teológico-Morales: *Doctrinas muy útiles a los médicos*, *Regla de casados*, *Mandamientos de los casados* e *Impedimentos del matrimonio*. Son oratorias: *Sermones para todo el año*, *Pláctica para después del bautismo de los niños*, *Reflexiones sobre las Epístolas y los Evangelios de las Dominicas* y *Sermones en favor de la Concepción Inmaculada de María*. Se reputan místicas: *Siete conferencias espirituales*, *Espejo Espiritual*, *Luz Espiritual*, *Bordón Espiritual*, *Escala Espiritual*, *Manjar Espiritual* y *Fruta Espiritual*. Es poética la titulada *Psalmodia o cantares para uso de los indios en sus fiestas profanas*.

Más notables que dichas obras, escritas todas ellas en lengua Nahuatl o mejicana con el firme propósito de ilustrar la inteligencia de los indios en materia de fe y costumbres y elevar el espíritu de los neófitos a la contemplación de las cosas del espíritu, son las tituladas *Diccionario copiosísimo*, *Vocabulario trilingüe de la lengua española, latina y mejicana*, *Relación de los doce primeros religiosos de San Francisco que llegaron a Nueva España* e *Historia universal de las cosas de la Nueva España*.

El P. Sahagún, con toda la amplitud y maestría de un gran filólogo, analiza en el *Diccionario copiosísimo* la lengua del imperio mejicano y los varios dialectos en que se diversifica; señala, además de sus formas y estructura gramatical, la significación de sus voces y el uso del acento, así en el estilo culto como en el vulgar, y completa su trabajo con un minucioso estudio de los modismos y locuciones peculiares a dicho idioma. Esta obra, considerada como clásica, es elogiada en la *Crónica de la provincia mejicana del Santo Evangelio*, escrita por Fr. Agustín de Betancurt, en la *Monarquía indiana* de Fr. Juan de Torquemada y en el *Catálogo de escritores de la Orden de Menores* de Fr. Lucas Waddingo.

En el *Vocabulario trilingüe de la lengua española, latina y mejicana*, obra que en su prólogo se califica de gramática histórica, nuestro escritor revela los profundos conocimientos que de tan diversos idiomas había adquirido.

Interesante página de la historia eclesiástica de América es la *Relación de los doce primeros religiosos de San Francisco que llegaron a Nueva España*. En este libro, escrito en lengua mejicana y castellana y llamado por Nicolás Antonio *Plática de los primeros Padres de Nueva España en la conversión de los señores della*, se dan a conocer los orígenes del Cristianismo en el imperio mejicano y los innumerables trabajos y fatigas que sufrieron los primeros religiosos franciscanos para traer a sus naturales a la luz del Evangelio.

La obra que verdaderamente hizo famoso el nombre de Fr. Bernardino de Sahagún es la *Historia Universal de las cosas de Nueva España, repartida en doce libros, en lengua mejicana y española*.

El P. Sahagún, además de narrar verídica e imparcialmente, con estilo natural y lenguaje sencillo y armonioso, los hechos que forman la historia externa, estudia, por modo admirable, en las diferentes fases y en todos los períodos de la existencia de Méjico, la sociedad doméstica, la organización administrativa, la constitución política, la agricultura y la industria, las ciencias y las artes, la religión, el sacerdocio y el culto, la instrucción pública, las costumbres, los trajes, la milicia, el comercio y, en una palabra, cuantos elementos constituyen la vida de un gran pueblo.

En el libro que analizamos, Fr. Bernardino de Sahagún, el más fiel y concienzudo historiador de Nueva España, luce sus grandes conocimientos arqueológicos, geográficos y de etnografía. Nada se oculta a

su mirada escrutadora, desde el pobre xocal del indio hasta el suntuoso palacio del monarca; se extasía ante las bellezas arquitectónicas de Quetzalcoatl; da cuenta de las poblaciones y de las distancias que entre ellas media; menciona los monumentos que las embellecen, y sigue a las diferentes tribus, en sus largas y sinuosas peregrinaciones, desde el país de su cuna hasta aquel en donde fijaron su planta, domiciliándose de un modo estable.

Estudia el sabio franciscano las ideas teológicas de los Aztecas contenidas en su liturgia y especialmente en las oraciones implorando el favor divino cuando las pestes assolaban el país, en ocasión de guerra y con motivo de la elección de nuevo soberano, y hace, en fin, atinadísimas consideraciones sobre las costumbres de los Toltecas; tribus que conocían la agricultura, las artes útiles y el movimiento de los astros.

Este libro tiene una curiosísima historia anedóctica. Don Luis de Velasco, el primero, Virrey de México (1550-1564), envió el manuscrito al Emperador Carlos V. con tan mala fortuna que el barco en que venía a España fué apresado por los franceses. El original pasó de las manos de los aprehensores a las de Andrés Tevet, siendo, por último, comprado a los herederos de éste por Ricardo Hacluito. Débese a este evento que, mientras la obra del religioso leonés aún no ha visto la luz en la patria del autor, haya sido traducida del texto castellano al inglés por Locke, de orden de Gualtero Raeleig; se publicara en la Colección de Viajes y Relaciones de Samuel Purchas, por disposición de Enrique Espelmano, y, traducida al francés por Melchisedec Tevenot y adornada con grabados en madera, se imprimiese en 1696 entre las Relaciones del traductor. El Virrey don Martín Enriquez de Almanza (1568-1580), una vez reproducido por su autor el manuscrito de la *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, se lo remitió a Felipe II con el fin de no privar a su nación de obra tan luminosa para conocer los orígenes, cultura y religión de Méjico. El Virrey don Alvaro Manrique de Zúñiga (1585-1590) envió otro ejemplar al cronista Juan de Herrera.

El mencionado libro constituye uno de los principales raudales de la *Historia de las Indias y tierra firme del mar Océano*, escrita por el citado Herrera, de las que escribieron los P. P. Torquemada y Betancurt y de la *Historia Universal de América* que comenzó a publicar don Francisco Pí y Margall.

La Historia del P. Sahagún está escrita a tres columnas: la primera contiene el texto mejicano, la segunda la traducción castellana y la última notas filológicas y un glosario de voces mejicanas, hallándose ocupadas las márgenes por jeroglíficos gráficos, simbólicos y poéticos que representan los diferentes asuntos del texto y fueron dibujados por artistas indios e iluminados con pintura polícroma. La obra, que existía íntegra en el convento de franciscanos de Tolosa, fué reclamada por el Gobierno a instancias del Supremo Consejo que deseaba leerla y poner veto a ciertas especies en ella contenidas que juzgaba peligrosas.

Después de algún tiempo aquellos religiosos gestionaron la devolución, y aunque la instancia se resolvió favorablemente, no fué el original lo que se remitió a dicho convento, sino una copia. En cuanto al código primigenio que ostenta al final de cada libro la firma autógrafa del P. Sahagún, ha llegado hasta nosotros, pero, sin que sepamos la causa, hubo de fraccionarse en dos. Uno contiene los libros VIII, IX, X y XI, y se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia, y el otro, en el cual se hallan los libros restantes, se guarda en la particular de S. M.

De las obras del P. Sahagún solamente se imprimió en su tiempo la *Psalmódia o Cantares para uso de los indios en sus fiestas profanas*.

La Historia Universal de las cosas de la Nueva España, conocida de muy pocos eruditos por las furtivas traducciones inglesa y francesa, se publicó, en nuestros días, por el editor mejicano Don Carlos María de Bustamante con el siguiente rótulo: *Historia general de las cosas de Nueva España, que en doce libros y dos volúmenes escribió el Reverendo P. Fr. Bernardino de Sahagún, de la observancia de San Francisco, y uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio en aquellas regiones. Dada a luz con notas y suplementos Carlos María de Bustamante, Diputado por el Estado de Oaxaca en el Congreso General de la Federación Mexicana: y la dedica a nuestro Santísimo Padre Pío VIII. México. Imprenta del ciudadano Alejandro, calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba. Tres tomos en 4.º español*. Del libro XII, que narra la conquista de Méjico por los españoles, hizo una nueva edición en 1840. La publicación del Sr. Bustamante, según expresa el título, no comprende más que la traducción castellana. Esta misma traducción castellana, tomada de un código de Méjico, forma el 7.º de los nueve volúmenes en gran folio de la lujosísima obra que publicó lord Kingsborough con el título *Antigüedades de Méjico*, llevando aquel volumen el siguiente rótulo: *Historia Universal de las cosas de Nueva España por el M. R. P. Fr. Bernardino de Sahagún*. Londres, en la oficina de Ricardo Taylor, 1830.

Veintitres y veintidós años habían pasado, respectivamente, desde que vió la luz en Méjico y en Londres la Historia del P. Sahagún, hasta que comenzó a publicarse en Madrid la colección de Historiadores primitivos de Indias en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Aun cuando este espacio de tiempo fué suficiente para que por medio del comercio literario internacional llegase a noticia de nuestros eruditos la notabilísima obra del insigne franciscano, es lo cierto que la Historia que nos ocupa no halló cabida en la precitada colección, con mengua de las letras patrias. Sin duda alguna el interés de la colección, en la parte relativa a la Nueva España, hubiera sido inmensamente mayor, si a las Cartas-Relaciones de Hernán Cortés, a la conquista de Méjico de Francisco López de Gomara y a la conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo, que en aquellas figuran, se hubiese unido la Historia de las cosas de Nueva España de Fr. Bernardino de Sahagún, que, sin olvidar las proezas de los vencedores a que únicamente atienden aque-

llos, se consagra a narrar, desde los tiempos a que alcanzan la memoria de los naturales y los monumentos de su cultura, la historia del pueblo vencido.

Y, ahora, me permito recordar a la Real Academia de la Historia el informe que uno de sus individuos de número más ilustres, Don Cayetano Rosell, publicó en el Boletín de la misma, correspondiente al mes de marzo de 1885, y en el cual, una vez reconocida la extraordinaria importancia de la Historia del P. Sahagún y calificada de la más notable que, hasta sus días, se había escrito, propuso se imprimiera, bajo la protección del Gobierno de S. M., el código de Madrid en su texto mejicano, traducción castellana, glosario y figuras iluminadas, esto es, íntegramente, y procurando que las condiciones intrínsecas y extrínsecas de la edición compitieran con las de los volúmenes de las *Antigüedades de Méjico* de lord Kings-borough.

ELOY DÍAZ-JIMÉNEZ Y MOLLEDA

Vete en paz...

Te he encontrado en el camino
 sola, mustia y harapienta;
 has fijado en mí tus ojos
 con una mirada intensa;
 me has alargado tu mano
 y he puesto un óbolo en ella...
 —¡Dios se lo pague!— me has dicho...
 Te he preguntado quién eras
 y unas lágrimas sirvieron
 para darme la respuesta.

.
 No llores, mujer, no llores;
 que no te cause vergüenza
 verte conmigo en la calle
 sola, triste y macilenta,
 que admiro en ti a la desgracia
 y sé descubrirme ante ella...
 Vete en paz con tus andrajos
 y Dios te guarde y proteja,
 que sé respetar mujeres
 y sé bendecir pobrezas...
 Te he encontrado en el camino
 y en él te dejo, doncella...

A. GARRACHÓN BENGOA

CUENTOS LEONESES

La fiebre

Temblaba la espadaña, nido perpetuo de cigüeñas, con el campaneó que anunciaba el fin de la misa.

Vomitaba gente con tozuda parsimonia el pintarrajeado pórtico de la iglesia, sin que por un momento dejara de salir la multitud de feligreses y devotos, que, en abigarrado tropel de trajes domingueros, con desesperante calma y pestañeando enojadamente ante la luz brillante, cegadora, del sol, iban abandonando la obscuridad del templo, cuyos blancos muros exteriores reflejaban, abrasados, el fuego de aquel cielo canicular.

Ya en la plaza, campo de acción, desde aquella hora, de la mocedad, que la convertía en bolera, desparramábase la devota muchedumbre camino de sus casas, donde la esperaba el interminable banquete, de pesados manjares, con que la rústica avidez saciaba su glotonería una vez al año.

Mientras los futuros mozos seguían volteando las campanas, abajo en la plaza procuraba la juventud masculina atraerse con sus relinchos las miradas de las mozas, que sonreíanse de lejos al salir de la misa.

Sus semblantes reflejaban aún las angustias de las dos horas pasadas en el sagrado recinto, jadeando los alientos, respirando apenas, sintiéndose todos ahogar, mientras oían el sermón del buen don Juan Antonio, el predicador de siempre, tan amigo del párroco, que todos los años venía a evangelizar a aquella gente con nuevos trozos escogidos de los sendos sermonarios que llenaban los estantes de la librería y casi absorbían su biblioteca.

Congestionábase el menguado crucero con aquella ola de carne humana que rompía contra las paredes de la iglesia parroquial, estrujándose, moviéndose sin sosiego, como si los fieles todos pretendieran despojarse del calor que sentían arrojándose unos a otros, en tanto que el cura bonachón y gordiflote, cuyas gafas de oro acertaban a poner una nota irónica en su rostro arrebolado, enronquecía por contraste, prodigando su elocuencia a grandes voces y dejando cada período en su punto previsto para acudir a enjugar el sudor de la frente con el blanco pañuelo, que parecía un emblema de paz tras la imponente oratoria ingerida por aquella retentiva feliz.

Al salir del templo, aunque el fulgor intenso del sol quemaba con ahinco, todos entreabrían los labios para respirar ansiosamente el aire libre. Con el cielo despejado, el mediodía presentábase bochornoso, como si aún aquella atmósfera quisiera recordar la calenturienta gestación de los campos, el parto doloroso de la tierra, cuyo aliento febril se respiraba bajo la caricia ardiente que había agostado los frutos muertos en las eras de polvorienta amarillez.

Buscando la sombra, huyendo de aquel ambiente de asfixia, procuraban las jóvenes lugareñas distraerse algunos momentos en la plaza, charlando sin descanso, entre risas y guiños maliciosos, y contemplando a los mozos, que jugaban en mangas de camisa.

Ya sabían ellas la novedad. José Marfa, el hijo del médico, se hallaba en franca convalecencia, y su padre le permitía salir a divertirse. Allí estaba, entre

sus camaradas, con aquella expresión siempre atractiva de su semblante, que, sin embargo, únicamente sonreía para evitar el tener que hablar, y dejando admirar en él la actitud un poco tímida, el delicado perfil de su figura, que fascinaba a las mozas, enamoradas del muchacho y nunca hartas de mirarle.

Pero los comentarios no versaban tan sólo sobre la belleza delicada del pobre José María. En el pueblo todo se había sabido ya. ¡Qué mala suerte! El primer año que había ido a estudiar Medicina, a Valladolid, tener que dejarlo a mitad de curso para venir casi muerto, de tan grave como había venido, pues de sobra llegaron todos a enterarse del estado en que hubieron de traerle a casa. ¡Que había tenido fiebre! ¡No era mala fiebre! Menos mal que ya iba en cura; pero, a poco, hubiérasele contado muerto por culpa de aquellas madamas de la ciudad. ¡Tan guapo que era el muchacho y el color tan fino que tenía! Bien que guapo lo estaba también ahora, con aquellos ojazos tristes, aunque tan paliducho. Pero era tan buen mozo, tan gallardo... Un junco parecía. Milagro que no le habían matado aquellas pécoras.

Cuando vieron las muchachas salir de la iglesia a los curas fuéronse hacia la casa del presidente del pueblo, donde la mitad de éste, por seguro, se hallaba convidada, sin contar la gente forastera. El presidente, padre de una guapa moza que celebraba su santo en aquel día de la Asunción y había invitado a comer a todas sus amigas, no gustaba de hacer las cosas a medias. Ni siquiera los sacerdotes, tan suyos siempre en todo, habían podido excusarse. Convidaba él, como presidente y como padre, a comer en su casa, y no había que hablar más. ¡Allí todo el mundo! Lo mandaba el tío Senén, que no admitía réplicas.

Al ver los mozos que se quedaban solos en la plaza prefirieron dejar la plaza sola, y, unos por estar invitados y convidándose otros a sí mismos, fuéronse también allá, detrás de las mujeres y camino de la casa del tío Senén.

Metiéronse en informe grupo, dando destemplados cantaridos, por las calles del pueblo, cuyas casas destartaladas, heridas por el inmenso desgarrón de los corrales cercados de tapias inseguras, y sombreándose a sí mismas, parecían monstruos inermes ante la lumbre del sol. A la sazón soplaban ráfagas calurosas, que traían el recio olor de los trigos secos y amodorraban los sentidos, alejando toda sensación de agitada vida, toda conciencia de estremecimiento y de inquietud.

A mozos indígenas y extraños se unió en el camino el joven médico, rival del padre de José María, a quien iba desalojando del partido, casi abandonado por él, amenazando dejarle sin clientela, cosa que si a don José no preocupaba en gran modo quizás fuese debido a lo rico que era por su casa, aunque procuraba siempre vengarse desacreditando cuanto podía al que él consideraba como un intruso. Bien es así que don Luis trataba con verdadero afecto al hijo de su antagonista, y que el muchacho, avergonzado del proceder de su padre, observaba en su relación con el nuevo médico la más opuesta conducta.

Llegaron todos a casa del tío Senén, después de despedirse José María, que prometió volver a los postres, cuando daban fin los preparativos del rústico banquete, cuya suntuosidad denunciaban los varios hornos de pan apercebidos para él, los jamones valerosamente descolgados del techo, los cuatro o cinco mazapanes que se habían llevado de León y el medio carro de vino, que prometía llevar buen paso, de tanto remojar las gargantas la gente ya madura.

La algazara de la reunión hallaba su mejor motivo en los anuncios del banquete espléndido que, a lo que se echaba de ver, creían descubrir aquellos rudos comensales por el tufillo a guisos y viandas. En grupos a cual más bullicioso,

que iba disolviendo la cortesía lugareña, exagerada siempre y testaruda, fueron dirigiéndose a sus puestos los invitados. El comedor estaba en la planta baja del edificio, enfrente de la sala, habilitada de despacho por el tío Senén para el mejor decoro de su cargo en la Junta administrativa, y que se había aprovechado entonces como sucursal del incapaz recinto en que muchos de los convidados parecían aguardar una interminable digestión, con esa elasticidad de estómago propia de la gente campesina, acostumbrada a comer miseramente todo un año y a hartarse un día sin sentir el menor trastorno.

Ni aun con aquellas dos habitaciones había espacio suficiente para acomodar a todos los invitados. En el corral, cuya puerta de carro estaba al otro extremo, en la parte trasera de la casa, y que tenía su salida para las habitaciones principales a un lado de la escalera que conducía al piso superior, muy cerca de la sala baja, habíanse colocado también dos mesas, en las que alborotaban chiquillos y mozalbetes con el incansable afán de pegarse, mientras golosineaban antes de emprenderla con una comida que no era sino continuación de sus merodeos por el cuarto, pomposamente llamado *bodega*, donde estaban las confituras y primores de repostería.

El banquete comenzaba en silencio para la gente mayor. No se oía otro ruido que el de la vajilla de metal y la floreada loza. Todos engullían a conciencia, sin hablar palabra, avaros de cualquier instante que se pudiera restar a la satisfacción de su gula. La comida daba principio con grandes rebanadas de pan cubiertas de manteca, aperitivo extraño cuya costumbre no podía desarraigarse; y a esto seguía inmediatamente la indefectible sopa de fideo fino.

Las mozas daban, en el comedor, una nota alegre al festín con los tonos claros de sus chambras, entre cuyos escotes ondulaban los collares de aljófar y coral. En cambio, el tono sombrío lo daban los curas, quienes mientras comían sosegadamente los demás comensales, sin dejarlo un momento, se apresuraban a despachar cuanto antes y, sin compasión de sus años, metían prisa al pobre don Pedro, el viejo capellán, cuyas mandíbulas maniobraban despacio y sosegadamente.

Les aguardaba la partida de tresillo, aquella partida que prometía durar, cuando menos, dos o tres días, con sus noches, encerrados los jugadores en la misma habitación llena de humo y mal oliente, de la que no salían durante aquel tiempo... para nada, que todo estaba ya previsto. Era seguro que el capellán les llevaría los cuartos a sus colegas, como siempre, pues con su calma silenciosa y su destreza para el juego resultaba invencible con los naipes en la mano; pero esto no aminoraba la impaciencia de sus víctimas, que deservíanse por reñir con él otra batalla más y se desesperaban al ver su flema imperturbable ante la mesa bien provista con que hacía honor a sus amigos el tío Senén.

Los premios de los curas al viejo colega hicieron soltarse un poco las lenguas de todos los comensales. Cuando le llegó el turno a la ternera asada, a la que sin compasión sucedían los pollos asados también, fué elevándose cada vez más el murmullo de las conversaciones. Y tan calmosos andaban en el tragar y beber sin duelo, y de tal suerte se proponían alternar cada bocado o libación con nuevos diálogos de punta a punta de la mesa, que antes de los postres estaba allí José María.

Todos se apresuraron a hacerle sitio y a darle el parabién por su restablecimiento. Mirábanlo a hurtadillas las mozas; permítanse los hombres, en voz baja, ciertos chistes y bromas picarescas, que se refían con disimulo, y las madres, contemplando al gentil mancebo, se condolían de él como de una persona de la familia.

¡Pobre!... ¡Cuánto había penado! ¡Dichosa fiebre! Ya se echaba de ver que era hijo de tal padre. De él sacaba el rapaz la maldita afición, pues el médico, a pesar de sus cincuenta años, que llevaba con la gallardía de un joven, todavía andaba *rebrincando* a las mozas de otros pueblos cuando iba a ellos de visita haciendo tanto sufrir a la pobre señora, un verdadero ángel, tan guapa, tan buena, *aunque de la ciudad*; aquella doña Matilde de quien sacaba la esbeltez de su estampa el chico.

¡Si eran cosa perdida las ciudades para la juventud! Cuánto mejor que los muchachos fuesen unos borricos, criándose sanos y fuertes, sin exponerlos a malos pasos por querer sacarlos de ser salvajes. ¿Dónde se había hecho don José como era? Allá en la ciudad, durante los estudios. Y sin enmienda posible. Ya no bastaba esto. Ahora, el hijo también. ¡Pobre madre! A poco se lo hubieran matado aquellas mujeres. ¡Cuánto llorara ella ante el demacrado rostro del hijo, de su consuelo único, pretendiendo reanimar a besos, con el instinto indulgente de madre amorosa, el pálido semblante en que parecían morir las caricias maternas con el mismo desaliento que ahogaba la esperanza de salvar aquella juventud! Por fin, Dios se lo había salvado.

En tanto que así se comentaba por las mujeres, todas las conversaciones habían subido de tono, y ya nadie se entendía allí. Tocaba su turno a los postres, inacabable serie de golosinas con que no parecía saciarse nunca la voracidad labriega. El arroz con leche fué recibido con palmas. Continuaba, sin embargo, circulando el vino como por una cañería admirablemente dispuesta. Vinieron a la mesa las *rosacas*, especie de rosquillas con baño de blanca espuma; las pastas finas, las confituras, los dulces de toda clase y, por último, los egregios mazapanes, naturales soberanos de aquel festín, que fueron sacrificados anárquicamente.

Ya había comenzado la gente joven sus expansiones violentas, sus pesadas bromas, entre risas estentóreas y agudos chillidos. Casi todo el mundo estaba alegre. Los mozos, en mangas de camisa, obsequiaban por fuerza a las muchachas, recibiendo de ellas pellizcos que agradecían mucho y pagaban puntuales con mal disimulados estrujones. Había mozarrón que, lleno de golpes y riendo sus propias diabluras, apostaba a los otros con alardes de fuerza cualquier barbaridad o les desafiaba a una partida de bolos. Muchos salieron al corral, espantando a manotazos la turba de chiquillos que les estorbaba allí, para tirar un rato a la barra, mientras dentro iba preparándose el café mezclado con aguardiente, turbio potingue que ponía fin a la comida.

El ambiente sofocaba. Aquel emperzamiento, la asfixiante pesadez de aquella siesta de invencible modorra, parecía hundir a todos en un letargo sin fin, que acentuaban los vapores de la comida, el calor de las respiraciones, los efectos de tanto beber, el humo de los cigarros. Fuera de allí, el sol cayendo a plomo, el pueblo semejando una inmensa hoguera; más lejos, junto al río sediento, los árboles extáticos, mudos; la neblina levantándose sobre los remotos arroyos, enturbiando los lejanos horizontes, apenas acusados por tímidas lomas inundadas de luz.

Cuando los mozos quisieron jugar a los bolos un rato, con la idea de ir templando los remos para la hora de los *aluches*, y, desafiando a la tarde cálida, intentaron salir a la calle, encontráronse con que allí no parecían gorras ni sombreros. Era la costumbre, la broma de siempre, que se repetía un año y otro. Mozo forastero había a quien le escondían el caballo durante tres días seguidos para que no pudiese volver a su casa. Esto era una gala para el mozo. Y aquellas diabluras siempre procedían del mismo origen: de las mozas. Así es que

allá se fueron ellos, y también José María, al despacho del tío Senén, donde las muchachas se habían reunido, cerrando por dentro.

Estremecióse la puerta con el rudo empujón. ¿Qué querían aquellos brutos, las prendas desaparecidas? Pues ya sabían el modo de rescatarlas. Sólo uno de ellos tenía derecho a entrar y cogerlas, si eso le era tan fácil. Y aunque los mozos insistieron, entre risas y voces y amenazas, las jóvenes lugareñas mantuvieronse inflexibles.

Por la enrejada ventana del corral, donde a los mozos atraía el deseo de ver en el interior de la habitación, y que ellas apresurábanse a cerrar entonces, pero que tuvieron al fin que dejar entreabierta, porque el calor las ahogaba, se las veía a todas despechugadas, semidesnudas, a la vista los carnosos brazos y el arranque de las abultadas pomos, mostrando en la tibia y voluptuosa semi-obscuridad la carne satinada de los cuellos de inesperada blancura bajo los rostros morenos, de recio color. Entre risas apagadas, con el mirar encendido, agitábanse lentamente, como movidas por un fibio y desigual arrullo de sus pechos, de sus caderas de firme curva, en tanto que brotaba de aquellos cuerpos el fuerte olor de la carne sana, exenta de artificios y rezumando sensualidad bravía.

Cambiaron los mozos una mirada, y al punto se entendieron. Dirigiéronse algunos a la puerta del despacho con el fin de parlamentar. Ya podían ellas abrir. Preguntaron otros quién iba a entrar en la habitación. No contestó nadie. Abrieron las mozas con infinitas precauciones, y apenas penetró en el cuarto un rayo de claridad, se vió José María lanzado dentro.

El infeliz palideció más que nunca. Apoderáronse de él las mozas, y sin atender a sus gemidos, entre los gritos de espanto de algunos hombres y las carcajadas de los más, que desde el corral contemplaban aquello, comenzaron a estrecharle entre sus brazos, a pellizcarlo sin piedad alguna. Enardecidas por las voces de fuera, disputábanse al muchacho bravamente, pasándolo de unas manos a otras, y, llevándolo a sus móviles regazos, rebosantes de lujuria, le abrazaban, estrujábanlo febriles, le sometían a las angustias de un cosquilleo sofocante, le daban repetidos besos, respirando excitadas, más anhelantes cada vez, deseosas sus manos de recorrer el cuerpo hermoso, acariciando la piel fina. ¡Aquello sí que era la fiebre, la calentura mortal para el infeliz, que, en su furor de hembras, no habían podido contener las mozas enamoradas del pobre enfermo!

Don Luis, que estaba en el comedor y desde allí oyó las voces, salió apresuradamente, y, al enterarse del motivo que las originaba, corrió a golpear la puerta, gritando con desesperación.

—¡Abrid! ¡Pronto!

La orden del joven médico fué obedecida con una lentitud que daba espanto. Parecían hallarse las mujeres asustadas de su obra. Por fin abrieron. Ya era tarde. El médico leyó la muerte en el semblante del mozo. Era la última palidez, la que fué en aumento todavía cuando la sangre salió, en cuajarones, por su boca; la que le acompañó en aquella agonía tan breve, sin que ni aún los auxilios espirituales pudiesen llegar a tiempo.

Cuando los curas vieron la imposibilidad de ayudar al pobre mozo a bien morir, se fueron a casa del párroco. No les quedaba para jugar al tresillo más que la tarde y la noche. Al día siguiente serían los funerales. ¡Demonio de broma! ¡Pues les había estropeado la partida!

Sementeras

Campesino que a esta hora
 vas dejando en las amelgas
 la semilla donde cifras
 tu ilusión, pues que ha de darte una cosecha:
 labrador noble y sufrido
 que confías a la tierra
 los productos del trabajo,
 y estos días del otoño te alimentas
 con mirar cómo han nacido,
 para orgullo de la estepa,
 los triguales que mañana
 serán mieses en las eras...
 Ya la lluvia apetecida
 se ha besado con tu hacienda,
 y en estas tardes, labriego,
 como signo de placer tus campos riega.
 Los pequeños arroyuelos
 se han ensanchado, y las vegas
 en vez del inconfundible
 olor a tierra reseca,
 despiden gratos perfumes
 de felicidad, y muestran
 en las líneas de los surcos
 los tallos que verdeguean...
 Sigue, sigue labrador tirando el grano,
 que es el cielo una promesa,
 y aunque llegues al hogar frío y con barro
 contarás, mientras la cena,
 cómo apuntan los triguales *pa* allá arriba
 tal que *paicen* recordar la primavera...
 ¡Con qué amor te escribo versos
 sembrador!... Tú me recuerdas
 lo más grande y lo más santo de Castilla;
 lo más grande y lo más santo de mi tierra...
 Eres grande, porque el pan que se da al pobre
 cuando llama a nuestra puerta
 demandando una limosna,
 con la espiga del trigo se condimenta.
 Y eres santo, labrador, porque el cristiano
 sacerdote cuando eleva,
 además de la tragedia del Calvario
 tu trabajo nos enseña;
 ¡que la Hostia inmaculada
 también se hace con el trigo de tu siembra!

Como tú, pobre labriego,
 yo en el campo de la prensa
 satisfecho y confiado
 voy sembrando las ideas;
 y en que arraiguen los afectos a Castilla
 nuestra madre, tengo puestas,
 con la noble aspiración del hijo bueno,
 mis doradas ilusiones de poeta...

Y es por eso mi balada campesina,
 y es por eso mi cariño a la leyenda
 que ya en dulces madrigales
 ya en recios cantos de guerra;
 unas veces en el seno de la calma
 y otras veces en la voz de la pelea,
 nos conmueve con mil épicas audacias
 y nos habla de pasadas gentilezas...

Yo también en estas tardes
 siento la lluvia benéfica
 de los grandes ideales
 que han de dar a nuestra raza fortaleza,
 y observo cómo se ensanchan
 los arroyos que fecundan las conciencias...

Y también yo voy siguiendo, campesino,
 mi patriota sementera,
 que es el cielo del amor una esperanza
 y el anhelo por la paz una promesa...

Y aunque llegue al fogaril de los laureles
 con el barro de la senda,
 contaré, cerca del llar, cómo despuntan
 los trigales de la humana inteligencia...

Labrador: como tú cifras
 esperanzas en las fieras
 y el encanto del mañana
 son los trillos y las eras,
 yo desgrano mi semilla
 por las páginas del libro, y en los moldes de la imprenta...
 ¡Que Dios, justiciero, ponga
 un tesoro de abundancia en las dos siembras!

AURELIO BAY

Palencia.

Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

En 1655 escribió una loa para la fiesta del Corpus de Sevilla. Retirado de las tablas fué nombrado alguacil mayor de Logroño, y ocupando este puesto falleció.

También fallecieron este año:

En Granada la comedianta Lucía Jerónima de Avellaneda.

En San Clemente, María Navarro, que trabajó en las compañías de Fulgencio López, Bárbara Coronel, José Verdugo y otras.

En Madrid Josefa Morales, que hizo segundas damas en la Corte, en la compañía de Jerónimo García.

En Murcia, hallándose contratado en la compañía de Félix Pascual, el comediante y autor Juan Correa, hermano de Francisco y marido de María Rojo.

En Yecla, el autor de comedias Carlos de Salazar, que estuvo casado con Eufrasia María Reina.

1685

14 Enero.—Empezó a representar en Valencia la compañía de Félix Pascual. Iba como segunda dama Francisca Correa, mujer de Juan Antonio Pernia; como cuarta, María Aguado, y como quinta, Ana de Figueroa.

3 Febrero.—En la casa de don Pedro de Arce se reunieron los más ilustres ingenios de la época, entre ellos aplaudidos escritores de comedias, celebrando con una academia poética el acto de Carlos II, cuando cedió su carroza al Santo Viático.

7 Febrero.—Fué bautizado en Setúbal, el poeta don Vicente de la Mota de Carballo, hijo de Melitón Mota y Paula Suarez. Fué abogado. Escribió las comedias *El Príncipe de la Banda*, *La dicha en la desdicha*, *También castiga quien ama*, *Castigar lo que se estima e Indicios contra verdades*.

21 Marzo.—Murió el poeta sevillano Alonso Martín Braones, autor de *Afectos de odio y amor*; *Los órganos*; *Beber, morir y vivir*; y otras obras dramáticas.

26 Abril.—En Valencia comenzó a dar representaciones la compañía de Magdalena López. En ella figuraban Josefa Román y Juana María Ondano, como quinta dama, Manuel Alonso como barba, Francisco Aragón (a) *Pateta*, de arpista, y de guardarropa, Antonio de Aguilar.

27 Agosto.—El autor de comedias Miguel Vela, se presentó con su compañía ante el público valenciano. Llevaba como segunda dama a Juana Roldán, hacían terceras damas Paca Correa y Francisca Monroy, de segundo barba a Tomás de Morales, y de quinto galán a Enrique Ladrón de Guevara.

24 Noviembre.—Empezó en los corrales de Valencia la compañía de Antonio Escamilla, en la que figuraban Francisca Medina, mujer de José de Mendiola, que hacía segundas damas, Angela Barcia, la *Conejera*, tercera dama; Francisca de la Cuesta, cuarta; y Paula de Olmedo, sexta.

26 Diciembre.—Comenzó en Valencia la compañía de Juan Ruiz, que llevaba como quinta dama a Casilda María.

1685

Se imprimió en Madrid la comedia *La profetisa Casandra y leño de Meleagro*, original de don Pablo de Polope y Valdés.

Murió en Granada el representante Salvador Hurtado.

Murió en Baza el arpista Cipriano de Cárdenas. Estuvo en las compañías de Francisco García, el *Pupilo*, y Estéban Núñez, *El Pollo*.

Dejó de existir en Zaragoza la comedianta conocida por *La Mulatilla*, cuyo nombre era Josefa María.

Murió en Toledo, probablemente retirada ya de la escena, Ana de Cañas, cuya voz era notable. Nació en Talavera y figuró en las compañías de Ordaz y La Calle.

Ingresó en la compañía de José Mendiola, que estaba trabajando en Santander, la actriz Inés de Castro, que casó luego con Luis del Pino, *El Mozo*.

Estuvo representando en Valencia la compañía de Félix Pascual, donde iba como galán Fernando de Salas.

Murió el comediante Juan Alonso, cuyo verdadero nombre era don Bartolomé de Velasco, natural de Villadiego (Burgos). Siendo estudiante se enamoró de la hija de la dueña de la casa de huéspedes donde paraba,

y una noche en que esta le dió entrada en su cuarto, tenía preparada la justicia, dándose aquélla tal maña, que lo obligó a casarse. Desdeñado por su familia, se hizo comediante, entrando en la compañía de Luis López y pasando a la de la Camacha, donde hizo galanes. Representando en Valladolid la comedia de *Campuzano*, le dió tan gran ronquera, que no pudo continuar, muriendo a los pocos días.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR
Académico de la Real de la C. Historia

Registro bibliográfico

En un lindo libro titulado *Papeles nuevos* ha coleccionado el sabio profesor cubano D. José A. Rodríguez García, parte de los artículos críticos anteriormente publicados en su *Cuba Intelectual*.

La certeza crítica del Sr. Rodríguez García es tal, que aun tratándose de artículos breves, de *suelos* muchas veces, quedan en todos ellos perfectamente definidas la importancia, la significación, la nota característica de cada obra juzgada. El autor de *Papeles nuevos* es uno de los más eximios, de los más entusiastas defensores de la lengua castellana, y dicho se está con esto que siempre se deja llevar de este criterio. «Los que afirman—escribe—que el castellano les viene estrecho para expresar sus ideas, con este pensar, con este decir, ponen de manifiesto que sus estudios de la lengua materna son muy rudimentarios, y, por de contado, también se nos presentan como varones modestísimos.»

Papeles nuevos hace el número 72 en las publicaciones del fecundo autor de la admirable *Bibliografía de la Gramática y Lexicología Castellanas*.

* * *

Carlos Prendez Saldías, poeta de los más estimados en el actual parnaso chileno, ha publicado un nuevo libro de versos: *Paisajes de mi corazón*. De su originalidad puede juzgarse por la siguiente breve poesía (*Desde muy hondo.—A vosotras...*):

—Sigue, pobre caravana,
con tu sed,
que secaron mi fontana
los labios de una mujer.
—Dame la vida,
como ayer.
—Corazón, abre tu herida
¡para que beban su hiel!

* * *

José Estrañi, el donosísimo escritor a quien todo el mundo conoce por sus rasgos de gracejo, ha publicado una interesante *Autobiografía humorística*.

Sumo interés ofrecen los múltiples y variados incidentes de su vida que Estrañi refiere. Para nosotros le tienen muy especial los correspondientes a los

años en que Estrañi tuvo su residencia en Valladolid. Era aquella la época pintoresca en que se preparaba la revolución, en que una juventud entusiasta daba animación y vida a la urbe vallisoletana. Estrañi publicó periódicos como *La Murga*, *El Trueno Gordo*, *El Mochuelo* y muchos más, llenos de gracia e intención satírica, y que más de una vez le dieron serios disgustos. Al mismo tiempo estrenaba en los teatros obras cómicas, alguna de las cuales, como *El rizo de doña Marta*, alcanzó general aceptación.

La *Autobiografía humorística* de Estrañi léese, en suma, con particular agrado.

* * *

Nuestro distinguido colaborador D. A. Garrachón ha tenido la buena idea de compendiar en un libro las *Glorias palentinas*.

El libro es por todo extremo ameno. Comienza por un resumen histórico de Palencia, donde se dan a conocer los hechos más culminantes acaecidos en la insigne ciudad. Siguen a continuación meritisísimos trabajos literarios, impresiones de viaje por diversos pueblos palentinos, una extensa enumeración de los hijos ilustres de Palencia y la descripción de varias instituciones benéficas y religiosas. Se cierra el tomo con un *Florilegio de Palencia*, donde un gran número de notables escritores castellanos ha consignado un pensamiento sobre la ciudad del Carrión.

El libro, editado por la Diputación de Palencia, lleva abundantes fotograbados y una bien dibujada portada de Rafael López.

* * *

Fragancia de tiempos pasados, aroma de poesía, despide el libro que acaba de publicar el exquisito literato portugués Antero de Figueiredo, y que se titula: *Leonor Teles, Flor de Altura*.

Esta Leonor Tellez, como se comprenderá, es aquella famosa dama, casada primero con D. Juan Lorenzo da Cunha—el que paseó las calles de Valladolid con sus *cuernecitos de plata* en el sombrero,—reina después de Portugal, monja en Santa Clara de Tordesillas más tarde y avecindada por último en esta nuestra ciudad del Pisuegra, donde murió.

Antero de Figueiredo no es el expositor ceñudo y rígido que da los datos históricos como quien dispara piedras a honda; es, por el contrario, el sentimental amable que engalana la austera figura de la Historia con las florecillas y arabescos de la inspiración. «Todos los historiadores—escribe en el prólogo—deforman la verdad al examinarla a través de sus prejuicios críticos; y tanto más exagerada es esa deformación, cuanto mayor es su esfuerzo de encontrar interpretaciones nuevas y de arrojar a síntesis concluyentes... Mejor que la inteligencia, el instinto penetra la verdad; y, mejor que la inteligencia y el instinto, adivínala el sentimiento. Un poeta ve un astro mejor que le ve un sabio. La razón es corta de vista; sólo el sentimiento rasga espacios infinitos y anda, anda todavía, cuando ya la inteligencia quedó atrás, exhausta!» Y, no obstante, Figueiredo hace sustentar siempre sus galanas construcciones sobre el cimiento de la documentación.

Leonor Teles, Flor de Altura, es un delicado incentivo de delectación espiritual.

* * *

Eloy Díaz-Jiménez Molleda, lo saben los lectores de la REVISTA CASTELLANA y lo sabe todo el que siga atentamente el movimiento literario de nuestra región, es un escritor en quien se une la sólida y fundamentada doctrina con la exposición clara, brillante y de castiza cepa. Su monografía sobre *La Casa de los Guzmanes* está llena de interés histórico y arqueológico, su estudio sobre *Juan del Encina en León* contiene una de las más importantes aportaciones a la biografía del músico-poeta. Sus artículos de historia, literatura y arte—publicados algunos en esta revista—siempre guardan datos de trascendencia y observaciones de crítica certera.

Ultimamente ha publicado un libro de mérito excepcional, bajo el título de: *Historia de los Comuneros de León y de su influencia en el movimiento general de Castilla*. El asunto indicado en este título está total y perfectamente desenvuelto por Díaz-Jiménez, de modo que, gracias a sus investigaciones en los archivos leoneses, queda aclarado tan interesante aspecto del movimiento popular castellano en tiempo de Carlos V. La lucha de los dos bandos, el comunero y el realista, en la ciudad leonesa; los incidentes con tal motivo acaecidos y en que figuraron corporaciones y pueblo; el importante papel jugado por los procuradores leoneses en las cortes de Valladolid, todo ello, y muchas otras cosas que no es posible detallar aquí, quedan estudiadas a la luz de documentos inéditos en este merísimo libro, digno de atención por cuantos aman la historia patria.

* * *

Se ha publicado la traducción castellana, elegantemente hecha por Ramón María Tenreiro, del notable estudio sobre las *Características de la Literatura portuguesa*, original de Fidelino de Figueiredo.

Aun dada la brevedad del trabajo, aparecen de relieve las hondas cualidades que han colocado al autor a la cabeza de los críticos portugueses, y que de modo tan sobresaliente resplandecen en los *Estudos da Litteratura Portuguesa*. La crítica del Sr. Figueiredo, orientada en las modernas direcciones e iniciadora al mismo tiempo de procedimientos nuevos, va siempre derecha a la entraña de lo juzgado.

«Considerando todo el desenvolvimiento histórico de la literatura—dice el Sr. Figueiredo en el folleto que nos ocupa,—sin prejuicios patrióticos, políticos o científicos—porque también hay prejuicios científicos y no los menos engañosos,—reconoceremos como características más relevantes de su desenvolvimiento: *el ciclo de los descubrimientos marítimos; el predominio del lirismo; la abundancia del gusto épico; la escasez de teatro; la carencia de espíritu crítico y filosófico; la separación del público; cierto misticismo en pensamiento y sentimiento.*»

Estudia después Figueiredo estas características, por el orden expuesto; y lo hace con tal lucidez, con tan abundante copia de razones, que el lector curioso queda perfectamente informado del espíritu que anima el organismo de la literatura portuguesa.